

El anciano ciego azotó una vez más los leños que ardían en la hoguera, tratando de despertar un fuego que parecía haberse dormido. Cuando por fin lo consiguió se arrimó a las llamas como si estas fueran la cura para todos sus males, y volvió sus ojos invidentes hacia donde oía respirar a su interlocutor.

—¿Qué estaba yo diciendo...? —gruñó—. Oh, sí, ya me acuerdo. Me habías preguntado cómo era el mundo antes de que el cielo oscureciera... Me temo, muchacho, que esa es una buena pregunta, oh, sí... Aún conservaba yo la visión cuando ocurrió. Antes, el cielo era... azul. Un color azul profundo, oscuro a veces, y claro otras. Capaz de la mayor calma y la mayor ira intempestiva. Bello. Nunca aprecié su belleza cuando aún podía verlo. Y ahora... su recuerdo se desvanece en mi memoria. Ya casi no puedo recordar... cómo era el cielo antes de que todo oscureciera.

El viejo permaneció en silencio durante algunos minutos, frotando sus manos nudosas cerca de las llamas, tratando de entrar en calor. El baile del fuego que había revivido se reflejaba en sus pupilas blanquecinas.

—Por aquel entonces era un joven idiota y estúpido... —continuó el anciano—. Perdí mi primer ojo por una bravata, una disputa sin sentido que nunca tendría que haber ocurrido. Fue en un tiempo lejano, cuando pertenecía a una orden... un clan de guerreros con un estricto código. Cuando lo infringí... me castigaron con un estigma de deshonor. Un ojo ciego, una herida de por vida, en mi cuerpo y en mi alma. El segundo ojo no lo perdí hasta hace unos años, después de que el cielo oscureciera. Un espadazo me lo rajó en una contienda, y nada más volví a ver desde entonces. Sabes, muchacho, lo último que piensas cuando pierdes un ojo, es que vayas a terminar perdiendo también el otro. Quizá parecerá una tontería... pero nunca creí que los dioses tuvieran tanta mala fortuna reservada para mí.

Sus ojos ciegos parecieron centellear con furia durante un segundo.

—Pero... ¿cómo era realmente el mundo, antes de que todo oscureciera? —preguntó el muchacho que le acompañaba en aquella noche eterna.

—¿Que cómo era...? No era mejor que ahora, si es eso lo que me preguntas... Había guerra, había muerte y había sangre. Como siempre las ha habido. El mundo ha sido siempre una aberración nacida del Abismo, no es otra cosa... El hombre que pisó las tierras en el comienzo de los tiempos lo mancilló todo. Manchó el mundo con su espíritu corrupto. Lo único que ocurre ahora es que el paisaje se ha convertido en el reflejo de su podredumbre. Los árboles caen, secos y sin vida, y las flores se marchitan antes siquiera de que lleguen a florecer. El mundo se ha convertido en un desierto. Pero nada más ha cambiado, aparte del paisaje, muchacho... nada. El mundo siempre ha sido el valle olvidado y maldecido por los dioses que pisas ahora. Siempre... ahora simplemente se muestra tal y como es en realidad.

—¿Pero por qué lo permitieron los dioses...? —susurró el chico—. ¿Por qué dejaron que el mundo se corrompiera de esta forma?

—Los dioses ni lo permitieron ni lo impidieron, chico —respondió el ciego—. Los dioses fueron los culpables. Ellos tuvieron la culpa, por crear a un ser como el hombre,

con la semilla del mal sembrada en su corazón, y por ofrecerle después un poder que nunca debería haber caído a su alcance. El Fragmento Ámbar... el Abismo maldiga el día en que aquella joya maldita llegó al mundo. A partir de ese momento, todo fue a peor. Y ahora nosotros, cientos de años después, estamos pagando las consecuencias.

—Había oído... historias. Cuentos sobre unos seres que fueron creados para llevar al hombre por el camino correcto. Creo que los llamaban...

—Yinn. Yinn, los llamaban —dijo el viejo—. Yo vi uno una vez, ¿sabes...? No solo lo vi, sino que además lo maté.

—¿Pero qué eran exactamente aquellas criaturas?

—Los Yinn fueron los primeros hijos de los dioses, chico... —relató el anciano, echándose hacia delante—. Seres de magia, seres de gran poder, que dominaban a su antojo los elementos. Semidioses, si así prefieres que los llamemos. Su cometido, según explicaban los sabios de la antigüedad, era instruir a las razas mortales. Convertirse en sus guías, ayudar a su desarrollo. Aquello que hizo que el hombre comenzara a separarse del resto de animales, pues los Yinn se lo enseñaron todo. La forja, el habla, la escritura, la construcción, e incluso la magia...

El muchacho miró al fuego, pensativo, y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Pero si su... misión era ejercer de guías de los hombres... ¿por qué...?

—¿Por qué se volvieron en su contra? —interrumpió el ciego, esbozando una sonrisa torcida—. ¿Por qué, cuando habían cumplido con su cometido, y los hombres podían valerse por sí mismos, decidieron permanecer en el mundo en lugar de desvanecerse tal y como los dioses les habían ordenado?

»Esa, muchacho... es la gran pregunta. Durante siglos se pensó que era por una ambición descontrolada que había nacido en su interior. Que decidieron no conformarse con lo que los dioses les ofrecían, sino que querían ir más allá. Gobernar a la humanidad durante toda la eternidad... Pero esa es una mentira tan grande que hasta me dan ganas de reír. No, muchacho, no fue cuestión de sed de poder. Los Yinn decidieron quedarse en esta tierra porque conocieron el lado corrupto de los hombres, su lado podrido. Vieron la monstruosidad que los dioses habían creado, y sintieron un pánico auténtico a la simple idea de dejar tales criaturas sueltas a su antojo.

El viejo se frotó de nuevo las manos, y exhaló su aliento sobre ellas para tratar de calentarlas de nuevo.

—Ellos lo supieron, e intentaron hacer algo para evitar la destrucción del mundo. Pero los Yinn perdieron la guerra por culpa del poder del Fragmento Ámbar, y ahora... — el anciano gesticuló con las manos, señalando el páramo que les rodeaba—. Ya puedes ver quién tenía razón.

El muchacho se arrebujó en su capa. El viento seco que provenía de las llanuras desérticas se helaba a medida que la noche descendía. A lo lejos, en el horizonte, un punto de luz anaranjada brillaba en el cielo, por debajo de los nubarrones negros que todo lo cubrían.

—Fascinante, ¿no es cierto...? —dijo el ciego, adivinando la dirección en que el muchacho miraba—. Allá arriba, incandescente... Un sol por debajo de las nubes. La luz de los otros astros no ha visto la tierra desde el día del Advenimiento, pero ella... No, ella no deja nunca de brillar. Aun ciego, aun estando tan lejos... puedo notar el poder que irradia. El fuego que la consume y la regenera sin cesar.

—Hay quienes dicen que no es realmente una diosa...—dijo el muchacho, sin despegar la mirada del punto que brillaba en la lejanía—. Que una vez no fue más que un ser humano, igual que nosotros.

—En un tiempo quizá lo fue, sí, pero en nada se parecía a nosotros —atajó el viejo—. Había más... pureza en su interior. Más claridad. Pero ahora es lo que es, chico, no importa lo que digan. Es una diosa que brilla en el cielo, incandescente. Y nunca dejará de brillar. Es lo único que aún nos da luz. Lo único que nos separa de la oscuridad absoluta, de la muerte y la locura.

»Y aun así... sus rayos ambarinos son los que nos permiten recordar día tras día qué fue lo que perdimos. Cada día, la diosa que brilla en el cielo nos recuerda la corrupción que ha consumido el mundo. La podredumbre que todo lo ha infectado. Es al mismo tiempo el tesoro más valioso que poseemos y también aquello que más odiamos. Un constante recordatorio. Aún puedo recordar sus palabras, sí... como si las estuviera oyendo ahora mismo.

Aun sin ver, los ojos ciegos del anciano se volvieron instintivamente hacia el lejano lugar desde el que llegaban los rayos de luz ámbar.

—«Os derramaréis la sangre los unos a los otros por el pedazo de tierra yerma y seca que dejaré tras de mí...» Y cuánta razón tenía... cuánta, cuánta razón...

No era un día como cualquier otro. Sin embargo, aquella mañana cuando los rayos brillantes de los soles habían asomado por encima de los tejados de la ciudad, no parecía un día distinto a los demás. Los panaderos, que llevaban algunas horas con los hornos encendidos, comenzaban el reparto matutino del pan con el que las posadas, tabernas y comedores darían de comer a los madrugadores. En el puerto los estibadores habían comenzado a descargar los pesqueros de río que llegaban a primera hora, cargados de pescado fresco para vender en el mercado. Y sin embargo, aunque la ciudad había despertado al mismo ritmo que el resto de los días, aquel, ciertamente, no era un día como cualquier otro.

Durante la mañana se esperaba la llegada a la ciudad de un personaje al que los ciudadanos llevaban tiempo esperando. Se trataba de un juglar, aunque eso no era lo que lo hacía especial. En una ciudad como Capital pasaban juglares a diario, dispuestos a ofrecer su música y su talento a los oídos más refinados, con tal de codearse con la alta

nobleza y ganarse la simpatía de algún personaje influyente y de prestigio. Sin embargo, aquellos músicos, poetas y cuentacuentos no se detenían a actuar para los humildes. Muchos de los que la ciudad acogía evitaban poner un solo pie en las zonas más empobrecidas, donde la gente no podía pagar el precio que aquellos artistas itinerantes muchas veces pedían por sus actuaciones. Sin embargo, había algunos juglares que sí aceptaban actuar para el pueblo llano. Y uno de aquellos, quizá el más querido de todos, había anunciado que llegaría a la ciudad aquella misma mañana. Para los menos adinerados aquello suponía todo un acontecimiento, y lo celebraban como lo harían con el regreso triunfal de algún gran héroe de guerra. Porque Vieja Lengua, como se le conocía habitualmente, no solamente aceptaba actuar y tocar para el pueblo llano, sino que además lo hacía muchas veces de forma gratuita y con el regocijo propio de los que se encuentran entre iguales. No era ningún secreto que el viejo juglar era de origen humilde, motivo por el que disfrutaba tanto actuar para aquellos de su misma condición social. Era como un reencuentro familiar.

A pesar de que se rumoreaba que Vieja Lengua llegaría durante la mañana, lo cierto es que al final terminó apareciendo durante la tarde. Aquellas horas de retraso no habían hecho más que aumentar la expectación que había alrededor de su llegada. Y al fin corrió la voz y cuando los soles, el pequeño y azulado astro que se asociaba a la diosa Alwa y el brillante y poderoso gigante de luz blanquecina que representaba al dios Daku, llevaban su baile hacia el ocaso dorado, se supo con certeza: el juglar había llegado.

Dewitt dobló a toda prisa una esquina de un callejón, atraído por los gritos de júbilo que por doquier resonaban. Sus pies descalzos pisaban sin ninguna preocupación los charcos embarrados de las calles mientras se dirigía hacia la plaza donde Vieja Lengua siempre hacía su primera actuación, gratuita y para todo el que quisiera acercarse. Scarlett seguía al chico a la carrera, vigilándolo con una sonrisa en los labios. No era habitual verlo tan excitado. «Ni a él ni a nadie...», pensó la muchacha mientras esquivaba los charcos que Dewitt no se molestaba en evitar. El ánimo, casi euforia que se desataba en la barriada cuando llegaba la noticia de que el anciano juglar actuaría para ellos era solamente comparable a la que había durante las fiestas de solsticio, aunque incluso aquellas eran cada año más frugales y sombrías.

—¡Corre, Scarlett, corre o nos lo perderemos! —gritaba Dewitt, tirando de la manga a la muchacha que correteaba junto a él.

—Tranquilo, Dewitt —lo apaciguó ella con una sonrisa—. Aún no ha comenzado. No llegaremos tarde.

—¡Pero no quiero perdermelo! ¡Vamos, vamos!

Cuando llegaron a la Plaza de los Cuervos la gente ya se estaba arremolinando alrededor de una estructura de madera que, algunas décadas atrás, se había utilizado como patíbulo. Ahora que había caído en desuso se había desmontado parcialmente, dejando únicamente el tablado de madera a modo de escenario. Las trampillas que se abrían para dejar caer a los condenados habían sido selladas, y el arco de madera del que colgaban las sogas había desaparecido. Solo habían sobrevivido al paso del tiempo

el escenario y el nombre que el patíbulo daba a la plaza en honor de las decenas de cuervos que se aglomeraban a su alrededor cuando se iba a ejecutar a los reos. Sin embargo, los cuervos ya no acudían, y eran los vecinos los que se arremolinaban, ansiosos, alrededor del antiguo patíbulo, esperando a que comenzara la función del juglar.

Dewitt y Scarlett llegaron apresuradamente cuando el espectáculo aún no había comenzado. Como eran pequeños consiguieron colarse por entre el gentío hasta conseguir un lugar en un porche que les daba una vista del escenario un tanto ladeada, pero clara y directa.

Y como si hubiera estado esperando su llegada, nada más encontrar Scarlett y Dewitt su sitio, subió el juglar los escalones que llevaban a lo alto del tablado, ante lo que el público respondió con una atronadora ovación. Vieja Lengua era todo un ídolo en Capital.

El anciano bardo era un hombre de unos cincuenta años, con una barriga como un tonel, barba y cabello ralo, y vestido con ropajes humildes plagados de parches y cosidos. A su espalda sujetaba con un cordel un pequeño instrumento de cuerda que parecía un laúd en miniatura, uno que Scarlett no había visto nunca y cuyo nombre desconocía. Tras aceptar y disfrutar del aplauso de la muchedumbre que le rodeaba, Vieja Lengua se dirigió a su público con su voz grave y retumbante.

—¡Gracias por vuestra hospitalidad y vuestro recibimiento, buena gente de Capital! —hubo una segunda ronda de aplausos, más corta que la anterior—. Mi nombre es Aslaidair de la Voz Tronante, aunque por aquí se me conoce más como Vieja Lengua. Es un placer para mí volver a actuar para vosotros. ¡No hay ni ha habido nunca un público más entregado y cariñoso que vosotros!

Se oyeron algunos aplausos dispersos, y algún que otro vítor, pero terminaron pronto. La gente estaba ansiosa de que comenzara la actuación.

—¡Decidme! —retumbó su voz—. ¿Qué mágicas historias queréis que os cante en esta bella tarde otoñal?

Mientras el público comenzaba a gritar sus peticiones al bardo, este, distraído, se descolgó el pequeño instrumento que colgaba de su hombro y lo comenzó a afinar, prestando atención al sonido que hacía cada cuerda al rasgarla.

—¡La historia de los Ocho Primeros Hombres! —dijo alguien.

—¡El Lamento de las Valkirias Aldanas! —gritó una joven.

—¡La Traición de Alexander el Malabarista —gritó Dewitt con su fina voz infantil—. ¡La historia de Alexander el Traidor!

El bardo dejó que se lanzaran algunas peticiones más, todas dentro del abanico de las habituales que solían pedirse. Al cabo de unos instantes levantó una mano y el público calló al acto.

—¡Será pues, la gran batalla de Edunai Kirindel, el Paladín de los Tres Dioses! —proclamó con teatralidad—. ¡La lucha de un héroe que salvó el mundo de la catástrofe,

la destrucción y la hecatombe! Una historia —su voz se suavizó— conocida por todos los hombres que ha habido en el mundo, que se seguirá contando hasta el día que el mundo muera. La gesta del Primer Emperador del antiguo Imperio Kirindel, que venció al temible Shadarkan, también conocido como la Bestia Primigenia, un gigante aterrador de fuego rojo como la sangre.

Vieja Lengua arrancó algunos acordes de su instrumento. Excepto por su melodía, reinaba en la Plaza de los Cuervos un silencio sepulcral. No había nadie que no lo mirara como un famélico mira un mendrugo de pan. Hipnotizados por la historia, aunque la hubieran escuchado más de cien veces. Absorbidos.

—Ocurrió en una lluviosa tarde de verano —continuó Vieja Lengua, sin dejar de rasgar las cuerdas del diminuto instrumento—. Las fuerzas leales a los Yinn, los terribles y déspotas sirvientes de la malignidad, habían avanzado hasta el Monte de la Bestia, donde mediante engaños y artimañas, se hicieron con la llave que abría la prisión de Shadarkan, custodiada por los milenarios Guardianes de Roca.

»¡Y de pronto! —el repentino cambio de tono sobresaltó a algunos de los presentes—. La bestia... despertó. Abiertas quedaron sus alas, que cubrieron y ensombrecieron el mundo entero. Su ígneo aliento era tan, tan cálido, que derretía las rocas y convertía a hombres y caballos en cenizas. Era la muerte aciaga, que anunciaba un fin próximo. Era el Terminador de la Vida, la Sombra Ígnea... Shadarkan, la Bestia Primigenia, había despertado, y suyos eran el fuego y el poder.

Asladair el Bardo tocó algunos acordes de su pequeño instrumento de cuerda. La música tenía matices de tristeza y temor. En la plaza no se oía absolutamente nada. Parecía como si los asistentes incluso contuvieran la respiración, pendientes de que el relato continuara.

—Nuestro destino, amigos míos, era funesto... oh, sí, bien funesto era. En aquella lluviosa velada la muerte y la vida danzaban en un baile que acabaría con un solo vencedor. Pero cuando la sombra era más aciaga... cuando la muerte más se acercaba... cuando el fuego de Shadarkan se volvía cada vez más cálido... fue entonces cuando los tres Dioses, Alwa Daku y Naelys, piadosos de sus hijos, descendieron de los cielos para entregar en mano a Edunai, el Paladín, el Caballero Refulgente, las tres armas de leyenda.

»Y como dicen los cuentos, y los relatos y las historias, Edunai Kirindel convocó en primer lugar al grifo, a la criatura ancestral que respondía al nombre de Äyron. Mitad águila, mitad león, en cuanto estuvo sobre su lomo, jendarboló bien alta Lâsgrimm, la espada que los dioses para él habían forjado! Una espada de un metal tan blanco como el sol, uno que solo se encuentra en la lejana Tierra de los Dioses. Y por último... se colgó de su regio cuello el Fragmento Ámbar, y dejó que su fuego y su poder le inundaran y le poseyeran.

El anciano juglar hizo una nueva pausa dramática, rasgando de nuevo las cuerdas de su instrumento. Aquella vez las notas sonaban a esperanza y valentía.

—¡Y Edunai atacó! Se dirigió sin temor alguno hacia la temible bestia que amenazaba con destruir todo cuanto era bello en la tierra. ¡Y la Bestia Primigenia, al ver a aquel pequeño hombre que quería amenazarlo, rio y de entre sus fauces temibles, más grandes que montañas, una voz tan oscura como el Abismo retumbó por todo el mundo! —Vieja Lengua miró a su público con unos ojos y una expresión temible, como si él mismo fuera la Sombra Ígnea—: «¡Yo soy la Sombra de la Muerte, seres insignificantes!», bramó. «¡Este es el día en que el Fuego Terrible os consumirá! ¡Pues yo, Shadarkan, el más poderoso hijo de los Dioses, haré arder este mundo hasta sus cimientos, y a vosotros con él, repugnantes motas de inmundicia!»

»Pero entonces... una voz de réplica se alzó. No era otro que Edunai el Paladín, que desde su montura alada desafiaba al titán sin un rastro de miedo en su mirada. «¡Tienes ante ti al Caballero Refulgente, terrible monstruo! El poder de los Tres Dioses me imbuye, me da fuerzas para poder derrotarte. No permitiré que destierres la vida de este mundo. ¡Vuelve al Abismo, de donde nunca deberías haber salido!»

El anciano bardo, haciendo gala de una excelente agilidad impropia de su edad y su constitución, dio una pequeña carrera sobre el escenario y acuchillo a un enemigo imaginario con su pequeño instrumento a modo de espada improvisada. El público exclamó con sorpresa.

—¡Y así, Edunai Kirindel, montado en su león alado, avanzó hacia la Bestia, atravesándole el corazón de un solo golpe, vencéndolo así de una vez por todas y proclamándose como el Primer Emperador de Aeldra!

El público, que había estado conteniéndose durante minutos, estalló en unos aplausos atronadores. Scarlett y Dewitt aplaudieron tanto como cualquier otro. La muchacha sabía que el público había oído aquella historia cientos de veces, y Vieja Lengua no era de los mejores juglares que había. Pero lo cierto era que el anciano lo hacía con tantas ganas que realmente conseguía encandilar con su actuación, a pesar de que en algún momento su voz temblara o sus dedos no encontraran las cuerdas adecuadas en su diminuto instrumento.

Vieja Lengua, desde el escenario, agradecía el caluroso aplauso con reverencias y sonrisas, y recogía diligente las escasas monedas que los espectadores le lanzaban al tablado.

La tarde pasó, y el bardo contó y cantó muchas más de las historias y cuentos que los asistentes le pedían. Y al finalizar la actuación, cuando la luz de los soles ya se había extinguido del todo y la gente se dispersaba, así lo hicieron también Dewitt y Scarlett. Ambos se sumergieron en el laberíntico barrio humilde de Capital, un entramado que conocían a la perfección.

—Scarlett —dijo el muchacho tras unos minutos de paseo por las calles, que se encontraban cada vez más vacías—. ¿Crees que es cierto lo que ocurrió con Edunai Kir... Kirindel y ese monstruo gigante?

—Por lo visto sí, Dewitt —respondió ella, tras cavilar por unos instantes—. Así se fundó el Imperio Kirindel, que tantos años duró. O eso dicen.

—¿Y qué pasó con el cuerpo muerto de Shadarkan? ¿Qué hicieron con él, si era tan grande?

—Según tengo entendido, lo arrojaron al mar con la ayuda de diez mil hombres, y se perdió en las profundidades. Pero hay distintas historias al respecto.

—¿Cómo me habría gustado verlo! —exclamó Dewitt—. Seguro que fue increíble la lucha de Edunai contra el monstruo.

—Seguro que lo fue, sí —asintió Scarlett con una sonrisa—. Suerte que los historiadores pudieron presenciarlo. Si ellos no hubieran escrito lo que vieron, quizás hoy no sabríamos por qué se creó el Imperio Kirindel.

—Pero ahora ya no existe... el Imperio, me refiero —dijo el chico, casi con lástima—. ¿Por qué desapareció, Scarlett?

—La verdad es que no lo sé, Dewitt —respondió—. Si quieres, la próxima vez que Vieja Lengua venga, podemos pedirle que explique la historia de la disolución del Imperio.

—Sí... tendremos que gritar bien fuerte para que nos oiga. Hoy no nos ha oído.

—Sí, pequeño. Bien fuerte, sí.

Caminaron juntos unos minutos más por las calles cada vez más ensombrecidas de Capital, uno junto al otro y en silencio, meditando cada uno sobre sus propios asuntos. Tras andar un buen trecho, la chica se dirigió de nuevo a su pequeño amigo.

—Dewitt. Acércate tú solo al refugio. Yo daré una vuelta y veré si puedo pedir un poco de limosna.

—¿Ahora, Scarlett? ¿A estas horas de la noche? —el chico parecía preocupado.

—La gente ha quedado muy contenta con la actuación de Vieja Lengua. Quizá estén de buen humor y suelten alguna moneda.

—Bueno... —musitó Dewitt, sin terminar de parecer convencido—. Si crees que puede funcionar...

—No tenemos menos posibilidades que cualquier otro día —respondió la chica, ofreciendo a su pequeño amigo una sonrisa que trataba de ser tranquilizadora—. Adelántate y vas preparando una hoguera. Y ya sabes...

—Sí, sí —la cortó él—. Hay que enterrar un poco la hoguera para que no se vea desde fuera.

—Eso es. Te veo ahora. No tardaré mucho.

Tras observar a Dewitt alejarse en dirección a su refugio hasta que lo perdió de vista, Scarlett suspiró y cogió un camino distinto. La expresión y la sonrisa reconfortante que había tratado de mantener cuando el muchacho estaba cerca se desmontaron pieza por pieza a cada paso que daba. Los sustituyeron un ceño fruncido y una mueca de profunda preocupación. «No tiene ni idea de lo mal que estamos en realidad...», pensó para sí misma. Dewitt sabía que eran pobres, aunque lo eran mucho más de lo que él creía. El chico pensaba que Scarlett tenía algunos ahorros guardados para situaciones de

emergencia, pero lo cierto es que aquel pequeño fondo que habían conseguido guardar se había agotado hacía más de diez días. Habían estado sobreviviendo con lo poco que les quedaba y los escasos restos que conseguían escarbar de la basura. Esa misma mañana se habían comido las últimas tiras de cecina para desayunar. Que Scarlett supiera, no les quedaban más que algunos mendrugos de pan tan duro que había que mojarlo para masticarlo, y dinero para comprar poco más que eso. La idea de pasear a solas por la noche, pidiendo limosna, no la atraía en absoluto. «Pero lo necesitamos desesperadamente...»

Además, aunque hubiera ocultado parte de la verdad a Dewitt, sí había algo de cierto en lo que le había dicho. Con la excitación de la llegada del juglar, muchos de los asistentes a su función habrían trasladado la fiesta a las posadas y tabernas, y cuando un hombre de buen humor bebía un poco, su mano era un poco más suelta que de costumbre. «Esto puede funcionar», se dijo Scarlett a sí misma, tratando de forzar una sonrisa que tardó algunos minutos en aflorar a la superficie de su rostro enjuto y ceñudo.

Dos horas después, la muchacha regresaba hacia el refugio, donde sabía que Dewitt la estaría esperando con la fogata encendida y con la preocupación pintada en el rostro. Para alguien que la estuviera observando sin que ella lo supiera, su postura y su forma de caminar ya indicaban cuál había sido el resultado de su búsqueda nocturna de fortuna: hombros hundidos y abatidos, pies lentos que se arrastraban sobre las calles embarradas. Ojos llorosos. Fracaso.

No solo no había conseguido ninguna limosna, sino que casi consiguió que le propinaran una paliza. Había visitado varias tabernas y en todas la habían echado casi a patadas. En la última, incluso, un hombre le lanzó una jarra de cristal a la cabeza que ella esquivó de milagro, para deleite y diversión de los que le acompañaban. Si hubiera llegado a acertar, ella no estaría con vida.

Lo único que consiguió atenuar su dolor fue el rostro de Dewitt, que se iluminó con una sonrisa de alivio cuando la vio llegar al refugio. El pequeño se encontraba en una esquina de lo que antaño había sido una panadería. En algún momento, algunos años atrás, esta se había incendiado. Las llamas arrasaron todo el edificio de dos plantas, dejándolo lleno de escombros. En una zona tan pobre como aquella de la ciudad se invertía muy poco en construcciones y reparaciones, por lo que los funcionarios públicos del reino habían decidido dejar los restos de la panadería tal y como habían caído. Desde fuera, desde la calle, no parecía más que un montón de ruinas. Pero si se escalaba el tramo inicial, en lo que anteriormente debieron ser las salas de hornos en la parte trasera del establecimiento, había una sección del edificio donde habían sobrevivido dos muros y un pedazo de techo. Dewitt y Scarlett lo habían encontrado hacía unos seis meses, y habían vivido allí desde entonces. No era un refugio ideal, pero las dos paredes que se mantenían en pie protegían del viento cortante y helado del invierno que llegaba, y el techo ofrecía cierto cobijo para los días lluviosos. Lo único que Scarlett deseaba cada día antes de ir a dormir era que el resto de techo no se les derrumbara encima mientras

dormían. Pero lo cierto era que parecía bien afianzado, y no daba la impresión de que fuera a caerse.

Dewitt se encontraba en un rincón, y tal y como Scarlett le había indicado, había excavado un pequeño hoyo en el suelo fangoso y había hecho allí un fuego alimentado de ramitas y hojas secas. Desde fuera apenas se veía, pero de cerca su calor era reconfortante.

—¡Por fin has llegado! —exclamó el chico en voz baja cuando la vio aparecer entre los escombros—. Ya empezaba a preocuparme.

—Ya estoy aquí, pequeño —respondió ella tratando de componer su mejor sonrisa.

Ambos se arrimaron al pequeño fuego, tratando de calentarse y combatir así el frío que, a medida que se acercaba el invierno, arreciaba cada vez más. Se taparon con las mantas raídas que utilizaban como camastro y se abrazaron, tratando de mantener mutuamente el calor corporal. Al cabo de unos minutos, Dewitt, con expresión apagada y ojos grises, formuló la inevitable pregunta que tanto temía ella.

—Scarlett... ¿nos queda algo para comer?

La muchacha notó como se formaba un nudo en su estómago y sintió un pinchazo de dolor en las tripas. Trató de hallar una mentira convincente en su interior, pero no encontró ninguna.

—Nos queda poco, Dewitt... muy poco —consiguió decir al final con un tembleque de voz—. Tenemos que racionar lo que tenemos. Si no, las próximas semanas nos quedaremos sin nada.

Sacó de un bolsillo de su vestido gastado dos mendrugos de pan duro. Con el odre que guardaban debajo de los jergones los remojaron un poco para hacerlos masticables.

—Bueno... sí. Supongo que hay que racionar... —dijo Dewitt, hincándole el diente a su trozo de pan, y haciendo una mueca de disgusto al percibir su sabor arranciado.

Scarlett notó que el nudo en su estómago ascendía hacia su garganta y la impulsaba a llorar desconsoladamente. No le había dicho a Dewitt que aquellos dos mendrugos asquerosos era todo lo que les quedaba. No había nada más para racionar. Cuando terminaron su más que pobre cena, ambos se arrebujaron en las viejas y gastadas mantas y se echaron a dormir sobre las partes más mullidas del suelo, tratando de encontrar una postura cómoda. Al cabo de unos minutos Dewitt lo consiguió, y cayó en un sueño profundo. A él nunca le costaba dormirse. Scarlett, en cambio, tardó horas en conciliar el sueño. Aunque estaba agotada era incapaz de cerrar los ojos, a pesar de que los tenía anegados en lágrimas. Estas caían una a una por su barbilla hasta gotear en el suelo, donde se mezclaban con el polvo y el barro. Pero lloraba en silencio, pues no quería que sus sollozos turbaran el sueño del pequeño muchacho que dormía abrazado a ella.

Scarlett despertó entre sudores fríos, con la respiración entrecortada. Ante sus ojos desfilaban aún reflejos de las pesadillas que la habían atormentado durante la negra

noche. Callejones oscuros, secretos enterrados con cadáveres. Voces incomprensibles que murmuraban una y otra vez, una y otra vez. Callejones oscuros. Secretos y cadáveres.

Confusa, miró a su alrededor. Tenía frío, mucho frío, y sentía un dolor fuerte y hueco en el estómago. Tembló e intentó enfocar la vista. A su lado, Dewitt dormía bajo mantas viejas, tiritando. Tras unos segundos, su mente se clarificó, y las pesadillas, poco a poco, se fueron desvaneciendo. La luz tenue de los soles, que acababan de amanecer, se filtraba por entre las grietas de las paredes de la panadería derrumbada.

La muchacha se levantó somnolienta, y tras arrebujar bien al chico con otra manta y un jersey viejo que habían rescatado de la basura hacía unos días, despejó los restos de la hoguera de la noche anterior. De un rincón del antiguo horno de pan calcinado donde se refugiaban recogió un montón de ramas y hojas secas, y con una yesca y un pedernal que habían adquirido hacía unas semanas, comenzó a intentar encender de nuevo un fuego enterrado para ahuyentar el frío nocturno que durante la noche los había calado. Cuando las chispas cayeron sobre las hojas y las ramitas, comenzó a salir un humo negro. Scarlett sopló hacia la base del fuego para darle aire y este prendió al cabo de pocos instantes. La muchacha se calentó las manos en las llamas mientras miraba al cielo con mueca de preocupación. «Si ya hace este frío, y solo estamos en otoño...» Se avvicinaba un invierno duro. Hacía muchos años que no hacía tanto frío en unos meses normalmente más templados, y cuando fuera a peor en los siguientes, muchos de los que, como ellos, no tenían un lugar donde vivir, no conseguirían sobrevivir a las bajas temperaturas. «Tenemos que salir de aquí. Dewitt no aguantará un invierno a la intemperie», meditó la chica.

Su mirada se dirigió hacia el chico, que se revolvía bajo las sábanas, murmurando en sueños. Scarlett esbozó una sonrisa entristecida. «Ya hace casi un año que lo encontré. Justo al acabar el último invierno», recordó. Lo había encontrado solo y perdido en las calles de Capital, un huérfano más de los cientos que vagaban por la ciudad sin hogar. La situación de Dewitt antes de encontrarse con Scarlett era confusa y distorsionada por las distintas historias que él había ido explicando. Algunas, y Scarlett estaba segura de ello, habían sido invenciones del pequeño, aunque lo que parecía claro era que antes de encontrarla había estado con un grupo de chicos mayores que él, pero por lo visto le abandonaron en algún momento, robándole toda su comida y posesiones. Dewitt había vagado, perdido y solo, durante días por las calles de Capital, hasta que Scarlett lo encontró y, en cierta forma, lo adoptó. «Si yo no lo hubiera recogido... no habría sobrevivido ni un día más». Día tras día se podía ver a soldados de la guardia de Capital retirar cadáveres de niños de las calles, muertos ya bien por el frío, por el hambre, o por los vagabundos depredadores que acechaban en cualquier esquina, que no eran más que desesperados carroñeros en busca de poder sobrevivir un día más, aunque fuera a costa de las vidas de otros. Era la ley del más fuerte, y Scarlett lo sabía. También sabía con certeza cuáles eran las dos cosas que permitían sobrevivir en las calles: astucia y alguien con quien convivir, con quien cooperar. Podría haber quien pensara que la suerte podría ayudar también a ello, pero lo cierto era que la fortuna no

sonreía muy a menudo en aquellas calles. Había pequeños destellos, fognazos de buena suerte, aunque no abundaban. Algunos niños afortunados conseguían ganar el favor de algún ciudadano que de vez en cuando y con cierta regularidad los alimentaba. Otros, aún más afortunados, eran reclutados para realizar trabajos serviles y diversos en establecimientos como posadas, panaderías o herrerías. Aun así, la gran mayoría, los menos afortunados, como era de suponer, terminaban siendo alimento de las jaurías de perros callejeros o de los vagabundos mayores y más fuertes.

Dejando de lado sus oscuras reflexiones, Scarlett volvió a la realidad. Sus manos ya se habían calentado lo suficiente y ya no temblaba, aunque le preocupaba que, bajo las mantas, Dewitt no consiguiera entrar en calor. Cuando se levantó para ir hacia él, su estómago comenzó a rugir, recordándole que el día anterior, el día del espectáculo de Vieja Lengua, se habían acabado los últimos mendrugos de pan que les quedaban, y que la búsqueda de limosnas había sido más que infructuosa. Tratando de ignorar su malestar se acercó al pequeño y lo despertó con suaves empujoncitos. Cuando el chico se incorporó, Scarlett tragó saliva. Por su aspecto, Dewitt estaba aún peor que ella. Su rostro era pálido como la nieve y la piel se le pegaba directamente a los huesos, como si no hubiera ni una pizca de carne entre ambas. Pero a pesar de su estado el chico aguantaba, sin quejarse, como había hecho siempre.

—Scarlett... —dijo el muchacho con un débil y quebradizo hilo de voz.

—Buenos días, Dewitt —le saludó ella, acariciándole la cabeza—. Toma, bebe un poco de agua y ven a calentarte cerca del fuego.

El chico bebió un largo trago de la bota de cuero y se acercó arrastrando los pies a la pequeña hoguera que ardía alegremente en el hoyo. Durante unos minutos se calentó ante las llamas, y sus temblores poco a poco se suavizaron. Su mirada se perdía entre el danzar de las llamas. Scarlett, que no quería interrumpir sus meditaciones, se limitó a guardar silencio y permanecer a su lado.

—He estado pensado —acabó por decir el chico—. Ya que nos hemos quedado con poca comida... hoy iré contigo a pedir limosna. Ya sé que sueles ir tú y yo me quedo a vigilar el escondite... pero no creo que nadie lo encuentre aunque yo no esté. Y si vamos los dos tendremos más posibilidades de conseguir algo de comer, aunque sea poco.

Scarlett sonrió levemente, aunque sintió un pinchazo de culpabilidad. «Todavía piensa que nos queda algo de comer...»

—Sí, me parece bien —accedió ella—. Prepárate, saldremos cuanto antes.

Ambos se vistieron con los pocos ropajes de que disponían, y tras unos minutos salieron de su escondite, asegurándose primero de que nadie rondara las inmediaciones. No era el mejor refugio que había en la ciudad, pero las ruinas lo convertían en una buena guarida que además ofrecía cierta protección contra el viento y la lluvia. Así pues, salieron ambos a las calles de Capital, que todavía no estaban muy concurridas, pisando el suelo embarrado con sus pies descalzos.

Caminaron durante algunas horas, moviéndose de un barrio a otro. Poco a poco, a medida que pasaba la mañana, la gente comenzaba a poblar las calles. Los comerciantes y mercaderes habían comenzado a montar sus puestos en las esquinas, donde vendían toda clase de productos exóticos y curiosos. Scarlett y Dewitt se encontraban en una zona muy concurrida por estos vendedores.

—Ven, sígueme —dijo Scarlett al chico, tirándole de la mano—. No conseguiremos nada por aquí.

Lo sabía con certeza. Las zonas donde había más comercio eran las menos provechosas para el que pedía caridad. Los mercaderes eran reacios a dar ni siquiera un pedazo de pan duro y mohoso, si no se tenía dinero para pagarlo. Y los transeúntes estaban más preocupados de que los vendedores no les estafaran con cualquier baratija o que les robaran las bolsas, por lo que tampoco estaban muy receptivos.

Una vez hubieron salido de la zona más céntrica de la parte empobrecida de Capital, Dewitt y Scarlett se pusieron a recorrer las callejuelas que formaban la periferia del distrito. En ellas los ciudadanos eran, en su gran mayoría, tan pobres como ellos. Muchos vestían harapos viejos y carcomidos, y aunque alguno se lucía ropajes mínimamente decentes, no se veía un alma que luciera lujo de ningún tipo. Como era de esperar, no era ese tampoco el mejor ambiente para pedir comida o dinero por la voluntad, pero era mejor que la zona mercantil de la ciudad. Así y todo, tras algunas horas pidiendo en aquel lugar, no consiguieron más que malas miradas y gruñidos, incluso algún que otro empujón.

Sin perder la esperanza, sabedores de que no era tan fácil como salir y encontrar quien soltara una bolsa entera de monedas, Dewitt y Scarlett continuaron con su búsqueda de un poco de amabilidad, de una pequeña donación que por lo menos les permitiera comer algo decente durante algunos días. El chico creía que todavía les quedaban algunas reservas, pero Scarlett sabía que estaban en una situación crítica. Si no conseguían nada en aquella jornada, los próximos días podrían estar en riesgo sus propias vidas. La de Dewitt especialmente, al que cada vez se le veía más débil, pálido y cansado. Scarlett se había llegado a plantear el robo, algo que nunca se había visto obligada a hacer, pero descartó la idea tan pronto como se le ocurrió. Ni ella ni el chico eran especialmente hábiles ni tenían la templanza de carácter suficiente como para hacerlo sin llamar la atención. Y los castigos para los ladrones en Capital eran terriblemente severos. Lo sabía todo el mundo.

Los soles ya estaban bien altos en el cielo mañanero, y la muchacha y su compañero habían elegido una calle bastante concurrida para continuar su búsqueda de limosna, una de las principales dentro del distrito. Se trataba de una calle de paso entre dos núcleos urbanos, pero a diferencia de otros rincones, no se encontraba atestado de vendedores ambulantes. Scarlett y Dewitt se situaron en uno de los laterales de la calzada, donde había más tráfico de peatones. El centro de las calles, por lo general, quedaba reservado para el paso ocasional de carretas de caballos o puestos de mercaderes móviles tirados por mulas, aunque eso no era lo más habitual, al menos no

en aquella zona de la ciudad. La chica y su pequeño acompañante se pusieron a caminar por entre el gentío pidiendo la caridad de aquellos con los que se cruzaban. Sin embargo, los ciudadanos habituados a la presencia tanto de huérfanos como de vagabundos que pedían, pasaban de largo por su lado, como si realmente no fueran más que un par de obstáculos hablantes a los que esquivar.

En aquella infructuosa línea continuó su recorrido a lo largo de aquella y otras calles. Ni siquiera tuvieron la suerte de conseguir un par de miradas compasivas. Dinero o comida, menos aún. Los soles ya habían pasado la posición del mediodía cuando Dewitt y Scarlett decidieron tomar un descanso. Llevaban horas caminando y habían recorrido decenas y decenas de calles. El resultado, por desgracia, era el peor esperado. Sus manos estaban tan vacías como cuando habían salido de su refugio.

Con las piernas cansadas y los pies sucios y doloridos, se apartaron del gentío que transitaba por las calles de Capital y se sentaron a descansar en una pequeña callejuela muy similar a la que escondía la antigua panadería quemada y derruida que era su refugio. Se sentaron sobre unas cajas abandonadas y apoyaron la espalda contra el muro de los edificios que daban a la estrecha callejuela. Scarlett inspiró profundamente y trató de ignorar el fuerte dolor que sentía en las tripas. Era un dolor vacío y continuo, y de vez en cuando daba pinchazos que la hacían esbozar una mueca. Por su cara, Dewitt no se encontraba tampoco en las mejores condiciones. Estaba pálido y temblaba, con los ojos acuosos fijados en ninguna parte. La muchacha se inclinó hacia delante y le rodeó con el brazo por encima de sus escuálidos hombros temblorosos.

—Eh, eh, pequeño. Tranquilo, ¿de acuerdo? Seguro que por la tarde tendremos más suerte.

El chico se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos. Tenía la mirada brillante y los ojos nublados y enrojecidos. Unos leves sollozos comenzaron a agitar sus hombros.

—Scarlett... —consiguió articular con voz entrecortada— tengo hambre...

—Ya lo sé, Dewitt, ya lo sé... —respondió ella, tratando inútilmente de consolarlo.

Abrazados, uno llorando y otra tratando de mantenerse fuerte y no acompañarle en el llanto, descansaron en aquel callejón el tiempo suficiente como para recobrar las escasas energías que pudieron. Una vez tuvieron las piernas lo suficientemente reposadas se levantaron y volvieron a ponerse en marcha. Antes de continuar con su búsqueda de limosna, se acercaron a una pequeña fuente que había en una plaza y bebieron largos tragos de agua. Era bien sabido que el beber calmaba parcialmente la sensación de hambre.

Las tardes comenzaban a ser cortas debido a la cercanía del invierno, por lo que Scarlett intentó que aumentaran el ritmo de marcha, a pesar de que Dewitt no paraba de quejarse y sollozar a causa del cansancio, el desánimo y el hambre que ambos sentían. Sin embargo, a pesar de lo urgente de su situación, su suerte no mejoró ni un ápice. Poco a poco, paso a paso, las sombras eran más y más largas y el frío otoñal, el hambre y el cansancio se unían para amedrentar cada vez más su espíritu y su determinación.

Llegó un punto, tras horas y horas de marcha de búsqueda infructuosa, en el que a Dewitt le fallaron las fuerzas, y sin hallar soporte alguno en el que sostenerse, pues Scarlett estaba unos pasos más adelantada, cayó de bruces en el suelo embarrado de la calzada. La muchacha tardó unos segundos en percatarse de ello. Cuando se dio cuenta, vio que los transeúntes pasaban alrededor del chico, esquivando su pequeño cuerpo, sin dar muestra alguna de reconocer su existencia. Scarlett corrió hacia él y lo rodeó con su cuerpo, tratando de protegerle de algún pisotón fortuito de la multitud que pasaba de largo a su alrededor. Intentando que se incorporara le habló al oído.

—Dewitt, eh, Dewitt —le dijo—. ¿Estás bien, pequeño?

El chico respondió con un quejido, y levantó la vista lo suficiente como para mirarla a los ojos. Tenía la mirada vidriosa, enrojecida y llorosa. Además, su piel ardía con un calor febril. Scarlett lo cogió como pudo en brazos, tratando de ignorar el fuerte dolor que sentía en las piernas y en el abdomen, y comenzó a avanzar por entre el gentío, en dirección a su refugio con el cuerpo del pequeño a cuestas. Solo se encontraba a algunas manzanas de distancia, pero parecía tan lejano como si estuviera en la otra punta del mundo. No tenía fuerzas ya para retener las lágrimas, que comenzaron a caer una tras otra por sus mejillas, creando surcos claros por entre la suciedad que cubría su rostro.

Cuando no había dado ni siquiera una decena de pasos, alguien de entre la multitud que andaba apresuradamente chocó contra ellos. Scarlett perdió el equilibrio y cayó, y con ella también Dewitt. Se dieron de bruces ambos contra la calzada embarrada, y la muchacha no encontró fuerzas para tratar de levantarse, ni siquiera para tratar de mantener una consciencia que se le escapaba. Agotada y hambrienta, cerró los ojos y se abandonó al barro y el polvo que la abrazaban.

Cuando sus ojos se abrieron de nuevo, Scarlett desconocía si habían pasado segundos, minutos o días enteros desde que había caído al suelo en plena calle. Lo primero que vio cuando trató de enfocar la vista fue un rostro. Era el de una mujer de facciones anchas y afables. Su cabello, rizado y encrespado, le recubría la cabeza como si de una maraña castaña se tratara.

—Niña —le pareció escuchar mientras la mujer movía los labios—. Niña, ¿te encuentras bien?

Scarlett notó como se le destaponaban los oídos y de pronto sus sentidos se aclararon. Se encontraba en uno de los laterales de la calzada, recostada sobre el regazo de aquella mujer que la miraba con compasión.

—¿Dónde está Dewitt...? —fueron las primeras palabras que consiguió articular.

—¿Tu amigo? Está aquí, junto a ti —respondió la mujer.

La chica se incorporó a medias y, tal y como decía la mujer, vio al muchacho recostado junto a ella, con los ojos cerrados y el semblante tranquilo.

—No tienes que preocuparte, está vivo. Parece que solamente está cansado.

Scarlett respiró, tranquila.

—¿Quién... quién sois? —preguntó la muchacha a la mujer tras unos segundos.

—Me llamo Delia —respondió ella—. Volvía hacia mi casa cuando vi cómo alguien os empujaba al suelo. Al ver que nadie os ayudaba os saqué de la calzada y he estado junto a vosotros esperando a que despertarais.

Scarlett la miró por unos segundos, confusa. Sentía una extraña sensación cuando la miraba a los ojos. Una sensación que nunca antes había sentido. Era como si su mirada le hablara, como si los ojos de aquella mujer estuvieran llamando su atención para decirle algo que ella necesitaba saber.

—Pero... ¿por qué lo habéis hecho? —dijo Scarlett de pronto. La muchacha volvió a clavar su mirada en la de la mujer, que parecía sorprendida por la pregunta. —Vuestros hijos —dijo de pronto, cuando Delia parecía estar a punto de responder—. Vuestros hijos murieron... hace poco. Habéis visto a Dewitt en la calzada, y os ha recordado a uno de ellos. Por su aspecto. Por eso nos habéis ayudado...

El rostro de la mujer palideció visiblemente, y sus ojos se abrieron como los de una lechuza. Tras unos instantes miró a Scarlett con el ceño fruncido.

—Niña... ¿te conozco de algo?

Scarlett la miró, casi tan confusa como ella.

—No... no la había visto en mi vida.

Pasaron unos segundos en los que nació y creció un silencio incómodo. La mujer, Delia, la miraba con una mezcla entre curiosidad y miedo. Tras unos instantes, sin embargo, pareció reponerse y volvió a su rostro la expresión afable y sonriente.

—Bueno... dime, ¿cuál es tu nombre, pequeña?

—Scarlett. Me llamo Scarlett.

—¿Scarlett, eh? Es un nombre bonito. Scarlett y Dewitt, ¿no es así? —Ella asintió— Ven Scarlett, coge mi mano. Levántate.

La chica cogió la mano de la mujer llamada Delia y con su ayuda se levantó. Una vez en pie pudo verla en toda su figura. Era de mediana edad, aunque en su rostro se apreciaban ya los estragos del paso del tiempo. No vestía ropajes ostentosos ni joyas, sino un vestido sencillo y largo de un color gris oscuro. Sin embargo, su silueta nada esbelta indicaba que disponía de suficientes comodidades como para no pasar hambre.

Scarlett dirigió su mirada a su alrededor. La calle estaba ya prácticamente vacía, y los soles se ocultaban ya. La luz diurna era anaranjada y muy tenue. Scarlett se dirigió entonces hacia Dewitt, que había quedado recostado bocarriba, con la cabeza apoyada sobre una prenda de ropa doblada que hacía las funciones de almohada.

—Escucha, niña —dijo Delia, dirigiéndose a ella—. Ven, ven conmigo.

A pocos pasos de donde Dewitt yacía había una cesta de esparto grande con dos asas, un tipo de utensilio que las mujeres solían utilizar para transportar las compras que hacían cuando acudían a los mercados y a los puestos de los comerciantes. Delia la

agarró por las asas y comenzó a rebuscar en su interior, y de pronto, Scarlett se encontró en sus brazos con una barra y media de pan blanco y tres manzanas grandes y rojas dentro de una cesta como la que tenía la mujer, pero mucho más vieja y pequeña. Un olor a pan tierno y recién hecho le ascendió por las fosas nasales, provocando un fuerte respingo en su cavidad estomacal y una anormal salivación en su boca. Sin salir de su asombro miró con perplejidad a la mujer.

—Guárdalo en la cesta y escóndelo bien, pequeña. Coge a tu amigo y volved a allá de donde vengáis. Toma esto —dijo, mientras rebuscaba más dentro de su cesta. La mujer sacó una bota de cuero de las que se usaban para guardar bebidas en el interior. —Es un vino especiado muy fuerte. A mi marido le encanta —explicó—. Dale un sorbo al chico y se despertará enseguida.

Scarlett, muda por el asombro, dejó el pan y las manzanas en la cesta y cogió la bota que Delia le ofrecía. Se acercó a Dewitt y pasándole una mano por el cogote le levantó un poco la cabeza. Colocó la boca de la bota de vino sobre sus labios y dejó que un pequeño chorro del líquido oscuro se escurriera cuello abajo. Casi instantáneamente, como si de una medicina milagrosa se tratara, Dewitt abrió los ojos y comenzó a toser con fuerza. Cuando las convulsiones hubieron cesado, el chico abrió levemente los ojos y miró a su alrededor.

—¿Scarlett...? —preguntó, en cuanto enfocó hacia ella su mirada.

—Estoy aquí, pequeño —respondió Scarlett—. Estás bien. Ahora tienes que levantarte. Nos vamos a casa.

Dewitt se incorporó como pudo y con la ayuda de la chica consiguió ponerse en pie. La mujer que los había ayudado, Delia, acercó a ellos la pequeña cesta que le había regalado, y observó cómo ambos se alejaban con paso renqueante.

—¡Scarlett! —llamó la mujer antes de que se alejaran demasiado. La chica dio media vuelta y la miró—. Tenías razón... sobre mis hijos. Murieron. Los dos que tuve. Un brote del Mal de los Lunares se los llevó... una chica y un chico, como vosotros... se llamaban Flora y Duk.

Sin saber exactamente qué responder, Scarlett asintió con la cabeza, dio media vuelta con Dewitt, y siguió su camino. Cuando no habían recorrido ni diez pasos, la muchacha oyó unas pisadas apresuradas que se acercaban y se dio la vuelta. Era la mujer de nuevo.

—Y una cosa más... —dijo Delia cuando llegó a su altura, a la par que ponía algo en la mano izquierda de Scarlett—. Cuida de tu amigo, y de ti misma. Por favor... no muráis vosotros también.

Scarlett se miró la mano y vio una bolsita de cuero atada con un cordel anaranjado. En su interior se oía el tintineo de las monedas. La chica miró a Delia sin saber qué decir. De pronto se dio cuenta de que, a pesar de que no sollozaba, las lágrimas caían por sus mejillas una tras otra.

—Gracias... —se limitó a decir con un hilo de voz—. Muchas gracias.

Sin volver la vista atrás, Scarlett y Dewitt se alejaron de allí, apoyándose el uno en el otro en dirección a su refugio, con la luz menguante de los soles Daku y Alwa apremiando sus pasos.

Pronto perdieron de vista a Delia y se adentraron en el entramado callejero del distrito más pobre de Capital en dirección a su refugio. La noche descendía implacable sobre la ciudad y su oscuridad lo comenzaba a cubrir todo como si de un manto sombrío se tratara. A pesar de la debilidad que ambos sentían, la chica trató de forzar la marcha a la mayor velocidad posible. Sabía que no eran más que dos niños, y que portaban con ellos un valiosísimo tesoro: comida en buen estado y una bolsa con monedas. Algo que en aquella parte de la ciudad era tan codiciado como el oro. Algo por lo que más de la mitad de los habitantes de Capital llegarían a matar.

Echando continuas miradas a sus espaldas y vigilando todas y cada una de las esquinas y recodos avanzaban los dos, con cada vez menos luz que alumbrara sus pasos. En aquellos barrios más humildes no se encendían faros ni lámparas de aceite por la noche, lo que hacía sus calles doblemente peligrosas: cualquiera podía esconderse en aquel mar de oscuridad y asaltar al caminante incauto. Era tanta su precaución que a Scarlett casi le da un vuelco el corazón cuando, al doblar una esquina, se dio de bruces contra alguien que venía desde el otro lado. La muchacha trastabilló, tropezó con Dewitt, que se encontraba tras ella, y cayó al suelo. La cesta en la que portaba los regalos de Delia cayó también, y la barra de pan y las manzanas rodaron por el suelo. La bolsita de cuero que contenía algunas monedas no cayó, sino que quedó bien sujeta en la mano de Scarlett.

El hombre con el que había topado también tropezó hacia atrás, haciendo gala de unos reflejos nada ágiles. A pesar de que apenas se distinguía su aspecto, pudieron ver que se trataba de un hombre alto de edad algo avanzada que vestía con harapos sucios y andrajosos. Scarlett se repuso y recobró el equilibrio rápidamente, muy agitada y asustada por el encontronazo. Echó una mirada rápida al hombre con el que había topado, que estaba tratando de levantarse, y con el corazón latiéndole con fuerza se dirigió hacia Dewitt.

—Levanta, chico, vamos —lo apremió—. Corre, date prisa.

El muchacho, sin embargo, parecía haberse retorcido el tobillo, y le estaba costando ponerse en pie aun con la ayuda de la chica. A unos metros, el hombre con el que habían topado ya se había repuesto. Scarlett le echó una mirada y se le heló la sangre. Se estaba acercando a ellos con pasos apresurados.

—¡Eh! ¡Eh, vosotros! —se le oyó gruñir.

Antes de que los alcanzara Scarlett consiguió levantar a Dewitt del suelo manteniéndolo erguido con el apoyo de su brazo izquierdo, mientras con el derecho recogía los alimentos con los que Delia les había obsequiado y los guardaba en la cesta. Sin pararse a mirar al hombre con el que habían topado emprendieron la marcha como pudieron, avanzando a paso muy lento. Dewitt estaba agotado y apenas podía apoyar el

pie derecho, y Scarlett no tenía muchas fuerzas más que él. Caminaron como pudieron durante unos momentos que a la muchacha se le hicieron eternos. El sonido de su respiración entrecortada le impedía escuchar si aquel individuo se les acercaba por detrás, y estaba demasiado asustada como para volverse y mirar.

Al cabo de unos momentos de cruda incertidumbre, Scarlett pudo escuchar un gruñido justo a su espalda. Un fuerte empujón los sacudió, lanzándolos de nuevo de bruces al suelo. La chica, mareada, levantó la vista y miró alrededor. Junto a ella Dewitt se revolvía en el fango de la calle y lloriqueaba. A un metro de distancia, un hombre hurgaba en la cesta de la muchacha. La luz de la luna, asociada a la diosa Naelys, asomaba por entre las nubes y lo alumbró. Se trataba sin ninguna duda de un vagabundo. Vestía ropas viejas, muy gastadas y deshilachadas, con numerosos parches y remiendos de colores diversos. Lucía un cabello graso, sucio y largo, lo mismo que su barba. El hombre estaba ocupado cargándose en los brazos la comida que había en la cesta de Scarlett, y mientras lo hacía, ella aprovechó para acercarse a Dewitt y tratar de nuevo de levantarlo. «Quizá podamos irnos sin que nos vea», deseó.

La chica se acercó a su amigo con sigilo mientras el vagabundo que los había empujado mordisqueaba la barra de pan que había encontrado en la cesta, distraído. Scarlett se agachó para coger a Dewitt y levantarlo, pero ese movimiento hizo que la bolsita de cuero que sujetaba aún en la mano tintineara. No fue un sonido muy fuerte, pero lo fue lo suficiente como para que el mendigo que les había atacado levantara la vista del pan y la clavara fijamente en Scarlett. La chica se quedó paralizada un momento con Dewitt a medio levantar. No sentía otra cosa que el corazón latir en su pecho. Hubo un momento de tensión en el que ambos se miraron hasta que el vagabundo gruñó mientras se levantaba, tirando al suelo la barra de pan mordisqueada.

—Eh, niña... —dijo con voz carrasposa y pastosa—. ¿Qué llevas ahí? Vamos, dámelo, dámelo.

El vagabundo se acercó a ellos con pasos oscilantes, y entonces Scarlett se percató de algo en lo que no había reparado. «Está borracho. Casi no se aguanta en pie». En solo unos segundos desfilaron en su mente decenas de pensamientos febriles y desesperados. «No es tan grande». «Quizá puedo empujarle y tirarle al suelo». «Ha bebido mucho». «Si nos damos prisa podremos dejarle atrás». «No es tan peligroso como parece». Todos aquellos pensamientos se esfumaron como una vela que se apaga de un soplo cuando el vagabundo se agachó y recogió algo de un montón de basura cercana. Con la escasa luz lunar no se veía muy bien lo que sostenía, pero el destello del vidrio quebrado fue suficiente para intuirlo.

—Ven aquí si no quieres que te raje como a una cerda, niña —masculló el hombre, agitando la botella rota hacia ella—. Dame esa bolsa de dinero ahora mismo.

La chica desesperó por dentro. «No puede ser. No me lo creo». Tanto tiempo sufriendo, tantas noches en las que no habían podido más que mordisquear restos de comida descompuesta, esforzándose para no vomitar. Veladas que habían pasado sujetándose las tripas y llorando, abrazados el uno con el otro. Rezos, plegarias,

oraciones que habían sido tan ignoradas como solo los dioses son capaces de ignorar. Y todo aquello para que, cuando por fin se les obsequiaba con algo de buena fortuna, la terminara por robar un vagabundo que apenas se sostenía en pie.

«No».

Scarlett sentía de pronto su mente despejada, aunque tenía la sensación de que no terminaba de controlarla. Sus brazos se movían obedeciendo otras voces en su cabeza que no eran la suya. Vio cómo levantaba no sin cierto esfuerzo el cuerpo de Dewitt, que estaba todavía tendido en el suelo, muy debilitado para moverse por su propia voluntad. Levantó al chico, se lo cargó al hombro y comenzó a andar en dirección contraria al vagabundo.

—¡Niña! ¡Niña jodida, ven aquí! —gritaba el indigente.

«No nos alcanzará. Aunque tenga una...» Se oyó un zumbido y Scarlett sintió algo que pasaba volando muy cerca de su oreja. A unos pasos por delante de ella algo estalló en mil pedazos. Notó una sensación extraña un poco más arriba de la sien, como si se hubiera rascado con fuerza y se le hubiera irritado la piel. Pero el escozor no disminuía. Increédula, se llevó la mano a la cabeza y cuando la retiró, la tenía manchada de sangre.

Como quien se sumerge de golpe en agua muy fría, la visión de la sangre carmesí la devolvió de golpe a la realidad. Abrió mucho los ojos, y el pánico la volvió a dominar. Se dio media vuelta. El indigente se acercaba a ellos a grandes zancadas, no tan oscilantes como a ella le había parecido que se movía hacía un instante. Scarlett no podía huir, pues si lo hacía Dewitt caería al suelo y no se levantaría. El chico estaba demasiado débil como para mantenerse en pie por sí mismo. La muchacha desesperó y al final se decidió por la única solución que se le ocurrió.

Alzó la mano en la que sujetaba la bolsita de cuero con las monedas y se la mostró al mendigo que se acercaba, haciéndola tintinear. El vagabundo clavó en ella la vista como un perro hambriento mirando una pieza de carne jugosa, y aceleró el paso. Tras un instante la muchacha tomó impulso y lanzó la bolsa con todas sus fuerzas en la dirección contraria a la que avanzaba el mendigo. La mirada de este siguió la bolsa, olvidando por completo a los dos jóvenes. Se paró en seco, dio media vuelta, y salió corriendo hacia donde la bolsita había caído, perdiéndose de vista.

Scarlett apoyó a Dewitt en una pared y recuperó su cesta y algo de la comida que Delia les había regalado. De la hogaza y media de pan, la entera la había mordisqueado el vagabundo, pero aún estaba comestible. La otra media barra había aterrizado en un charco embarrado y sucio. «No la querrán comer ni los pájaros», reflexionó la chica. De las tres manzanas encontró solamente dos: la tercera había desaparecido en la oscuridad nocturna, y no había tiempo para ponerse a buscarla. Scarlett recogió los restos que había conseguido rescatar en la cesta y se llevó a Dewitt de allí. El chico estaba mareado y cansado, tanto que la chica dudaba de si realmente se había percatado de algo de lo que acababa de ocurrir.

Así pues, a duras penas cargó Scarlett con su amigo y con lo que quedaba de sus provisiones hacia su refugio. Solo unos bocaditos de pan que dieron durante el camino

les permitieron aguantar sin desmayarse del hambre y el cansancio. Cuando alcanzaron su escondite Dewitt se derrumbó sobre los camastros y se durmió al instante. La chica no le acompañó porque se entretuvo unos minutos encendiendo una pequeña fogata en el hoyo, aunque el cansancio la vencía y los párpados le caían como si fueran de plomo. Al cabo de unos minutos que se le hicieron eternos las ramitas prendieron al fin y las llamas ardieron alegremente. Su calor aumentó la somnolencia de Scarlett, que, rendida, se dejó caer junto a Dewitt. El sueño la invadió nada más tumbarse, y descansó. Las pesadillas no la atormentaron aquella noche. Estaba demasiado cansada hasta para soñar.

Cayeron unos escombros. No hicieron mucho ruido, pero sí el suficiente como para que Scarlett abriera los ojos al instante. Tenía la vista borrosa y estaba desubicada. Nerviosa, trató de descubrir el origen del ruido. La luz de los soles se comenzaba a levantar por encima de los edificios. La muchacha dirigió su vista hacia el montón de rocas que cubría la entrada del refugio y se le cortó el aliento. Contra los primeros rayos de la mañana se recortaba una silueta que los miraba a ella y a Dewitt desde la altura. Scarlett no percibía bien su contorno por la luz de los soles, que le daba casi de frente, y su percepción aún embotada por el sueño. Sin embargo, su mente dedujo por sí sola. «Es él. El vagabundo. Nos ha seguido». La chica se quedó paralizada en su lecho y notó como un puñal de hielo le atravesaba el pecho y las entrañas. Se abrazó con fuerza a Dewitt y cerró los ojos, esperando lo peor.

Y sin embargo, lo peor no llegó. Pasados unos instantes que se le hicieron tan largos como un siglo, Scarlett entreabrió de nuevo los ojos y volvió a observar la silueta que los observaba desde la pila de escombros. «¿Qué...? Pero si no es...» Al cabo de unos instantes lo entendió, y una tranquilidad la invadió por dentro como uno de aquellos bálsamos milagrosos que, según los comerciantes, curaba todos los picores y dolores habidos y por haber.

«No es más que un niño».

El muchacho que les observaba desde lo alto de la pila de escombros parecía la quintaesencia del niño vagabundo y huérfano que merodeaba las calles de Capital tratando de sobrevivir. Tenía los ropajes viejos y muy gastados, llenos de agujeros y remiendos mal hechos. Su pelo, largo y enredado, estaba tan sucio que apenas se podía adivinar el color. Lo mismo ocurría con su rostro, cubierto por una capa de suciedad y polvo que ennegrecía su piel. Y estaba delgado, muy delgado. Scarlett se levantó del camastro tratando de no despertar a Dewitt, aunque no lo consiguió.

—Mm... ¿Scarlett? ¿Qué ocurre? —dijo con voz pastosa, entreabriendo los ojos.

Cuando los abrió del todo y los enfocó hacia el niño que los miraba desde los escombros, pareció sufrir una reacción similar a la que había tenido Scarlett en un primer momento. Sin embargo, ella pronto lo tranquilizó y le hizo ver que se trataba de un niño. Pasado el primer momento de angustia, Dewitt se mostró incluso ilusionado por el visitante. Hacía mucho tiempo que no interactuaba con nadie de su edad que no fuera

Scarlett. Se levantó e hizo señales al niño que les observaba, quieto como una estatua, para que se les acercara. El chico tardó unos minutos en bajar y acercarse a ellos, aunque lo hizo con mucha precaución y timidez. Los miraba con unos ojos muy abiertos y claros y parecía listo para huir al menor indicio de peligro. Parecía un animal salvaje más que un niño pequeño.

Scarlett no era inexperta a la hora de tratar con los huérfanos de Capital y sabía que debía tomarse su tiempo. Cuando encontró a Dewitt le ocurrió algo similar. Había que dejar que ellos se acercaran, pero sin dejarles toda la responsabilidad. Así, dio unos pasitos hacia el chico y se detuvo. Su movimiento sobresaltó al visitante, aunque enseguida se repuso y avanzó un poco más. Al cabo de unos minutos de aquella lenta danza Scarlett alcanzó por fin al muchacho y le cogió la mano con seguridad.

—Ven con nosotros, acércate —le dijo con voz tranquilizadora—. Haremos un fuego y nos calentaremos.

El chico asintió y se dejó conducir por entre las ruinas de la antigua panadería hasta el rincón en el que se cobijaban Scarlett y Dewitt. El chico, que había esperado pacientemente a que el visitante se les acercara, se sentó cerca de él, mirándole con curiosidad, mientras ella se disponía a reavivar la fogata.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dewitt al otro chico al cabo de unos momentos.

El chico le miró como sin comprender y tardó un minuto a responder.

—Dan.

Lo dijo como con voz monótona y plana, como quien no está muy acostumbrado a hablar.

—Yo soy Dewitt —respondió el chico con una sonrisa.

El chico no contestó, sino que fijó la vista en el fuego que Scarlett había conseguido encender. Tras unos instantes de silencio, Dan levantó la vista de las llamas, la paseó por sus dos huéspedes, y se levantó. Antes de que ninguno de los dos pudiera decirle algo el chico se llevó los dedos a los labios e hizo dos finos silbidos, uno largo y uno más corto. Tras unos instantes, dos figuras más sobresalieron por la cima de la pila de escombros. Dan les hizo una señal para que se acercaran y así lo hicieron.

Eran dos chicas. Más pequeñas que Dewitt, iban tan harapientas y sucias como el chico que las había llamado. Ambas tenían el pelo mal recortado y muy sucio y se parecían mucho, tanto que alguien que las acabara de conocer no podría distinguirlas.

Superada la sorpresa por la aparición de las dos nuevas invitadas, Scarlett se levantó y se acercó hacia ellas, guiándolas hacia la fogata.

—Venid, sentaos —les dijo—. Calentaos en el fuego. Ha sido una noche muy fría.

Las chicas se fueron a sentar al lado de Dan, cuyo rostro pareció relajarse un poco cuando ellas se pegaron a él. Dewitt fue el primero en romper el silencio.

—Yo soy Dewitt, y ella es Scarlett. ¿Cómo os llamáis?

—Lara —dijo una.

—Diana —contestó la otra.

—Os parecéis muchísimo. ¿Sois hermanas o algo así?

—Sí.

—Y decidme, Dan, Diana y Lara —dijo Scarlett—. ¿Cómo habéis descubierto nuestro refugio?

Los tres recién llegados se lanzaron miradas algo nerviosas e incómodas. Ninguna de las dos niñas respondió y volvieron a fijar la vista en el fuego, como si no les hubieran hecho ninguna pregunta. Dan, al cabo de unos momentos, miró a Scarlett a los ojos y respondió.

—Ayer... vimos cómo caíais en la calle y cómo esa mujer os ayudaba y... os daba comida. Os seguimos... hasta que ese vagabundo os atacó. Después nos desviamos, pero... volvimos a encontraros cuando llegabais a este lugar.

El semblante de Scarlett se ensombreció y creció su desánimo. «Lo que me temía...» Antes de que ella dijera nada, Dewitt se inclinó hacia delante y habló al muchacho.

—¿Vosotros tampoco tenéis nada para comer?

Dan, secundado por las chicas, negó con la cabeza. Tanto ellos como Dewitt clavaron su mirada en Scarlett, que era la mayor de todos ellos. La muchacha los miró uno a uno, y exhaló otro suspiro. Les había costado lo inimaginable llegar a conseguir la cesta de comida que les había dado Delia. Incluso después del ataque del vagabundo, en el que se había visto obligada a desprenderse de la bolsa de dinero, la comida que habían podido llevarse les podría haber durado una semana si la hubieran racionado bien. Sin embargo, con tres bocas más que alimentar... era otra historia

«No pueden quedarse», resonó en la cabeza de la muchacha. Era la voz instintiva, la que tantas veces la había ayudado a sobrevivir en Capital. «Échalos y que no vuelvan nunca». Una parte de ella trató de reprimir el impulso de largar a los recién llegados, pero la otra, la que la había mantenido con vida durante todos aquellos años, la compelió a hacerlo. Sin embargo, mientras ella se encontraba sumida en un debate interno que la desgarraba, Dewitt ya había tomado la decisión por ella.

—Compartiremos nuestra comida con vosotros. Tenemos suficiente para todos.

Scarlett lo miró a los ojos. «Ojalá estuviera tan segura como él...»

—Dewitt...

—Ya sé lo que me dirás —la cortó él—. Pero piénsalo. Nosotros... estamos así porque nadie quiere compartir con nosotros. El problema es que... los que queremos compartir somos los que no tenemos nada, ni para nosotros. Pero hoy sí tenemos. Hoy podemos compartir. Cuando nos acabemos esta comida encontraremos más de alguna forma. Pero si no les damos de comer a ellos... seremos tan malos como los demás con nosotros.

Aquellas palabras desarmaron a Scarlett, dejándola completamente indefensa. Exhalando un último suspiro de rendición miró a los tres pequeños que esperaban con

ojos brillantes y suplicantes, y se levantó a por la cesta con una sonrisa triste. De las dos manzanas que tenían, aquella noche se comieron una entre todos. La fruta era grande, jugosa y sabrosa y no dejaron ni las semillas. También comieron un tercio de la hogaza de pan, que fueron repartiendo en pequeñas porciones. Muchas veces los cuentos de Vieja Lengua hablaban de los grandes banquetes y los magníficos platos que se servían en la mesa de los héroes y los reyes. Pero Scarlett dudaba que ninguno de aquellos platos supiera tan bien como aquella hogaza de pan recién hecho.

Cuando terminaron de comer bajaron los bocados con un poco de agua de la bota y se quedaron todos en silencio alrededor del pequeño fuego que ardía con vigorosidad. Parecía como si las llamas también se alegraran de que por fin hubieran podido saciar, en parte, el hambre que les comprimía las tripas.

—Podéis dormir aquí esta noche si lo deseáis —dijo Scarlett al cabo de unos minutos de silencio—. No sé si tendréis algún escondite, pero aquí hay sitio para todos. No tenemos muchas mantas, pero si dormimos bien pegados podremos darnos calor los unos a los otros.

Los tres recién llegados asintieron y esbozaron una sonrisa pálida y cansada.

—Scarlett —dijo Dewitt, recostándose en el camastro con una amplia sonrisa—. ¿Podrías explicarnos alguna historia antes de ir a dormir? Alguna como las de Vieja Lengua. ¿Te sabes alguna?

—Sí, sí, una historia, por favor —pidió una de las dos hermanas, a las que Scarlett no era capaz de diferenciar.

—¿Un cuento queréis? Bueno... no es que me sepa muchos, pero creo que podré recordar alguno.

No eran pocas las veces que Scarlett había visto las actuaciones de Vieja Lengua, y aunque el anciano bardo tenía un gran talento y un gran sentido de la teatralidad, su repertorio era más bien limitado, por lo que sus historias se iban repitiendo de una actuación a otra. Al cabo de unos instantes la muchacha recordó cómo, en la última actuación del bardo, la petición de Dewitt había quedado desoída, por lo que se decidió por aquella historia.

—Os contaré el relato de Alexander el Traidor —dijo Scarlett, arrojándose al fuego y tratando de imitar el tono misterioso con el que el anciano Vieja Lengua relataba sus cuentos—. La historia de un hombre al que corrompió la envidia y el deseo de poder, al que la promesa de riquezas ilimitadas lo llevó a traicionar a su mejor amigo.

—¿Por qué traicionó Alexander a su amigo, Scarlett...? —preguntó Dewitt, con la cabeza apoyada en las manos y escuchando atentamente.

—Bien, chicos, veréis —continuó ella—. Alexander era amigo y compañero de Edunai Kirindel, el hombre que derrotó a Shadarkan y liberó a los hombres de Aeldra. Según cuentan las historias, eran casi... casi como hermanos. Pero todo aquello dejó de importar. Cuando Edunai venció a Shadarkan y fue coronado Emperador, su amigo

Alexander comenzó a sentir envidia por su gloria y su fama. Pronto le invadieron los celos. ¿El quería... ¿sabéis qué era lo que quería?

—Quería ser él el Emperador —dijo una de las chicas.

—No —replicó la otra—. Lo que quería era casarse con Damara, la princesa de Edunai, porque estaba enamorado de ella en secreto.

—No es una cosa ni la otra —dijo Dan, que tenía la vista clavada en el fuego—. Yo he estado muchas veces cuando el juglar explicaba esa historia, y no fue ni la corona ni el amor lo que hizo que Alexander se convirtiera en un traidor.

—¿Y qué fue entonces?

—Fue el poder que Edunai usó para vencer a Shadarkan, el monstruo de fuego —respondió él, con semblante serio—. Cuando Alexander vio el poder que los dioses habían dado a su amigo sintió envidia. Quería las tres reliquias para él.

—Fue exactamente por eso que las robó —asintió Scarlett, retomando el hilo del relato—. Cuando Edunai Kirindel era ya Emperador, Alexander le traicionó y lo atacó, y cuando su amigo estaba incapacitado, aprovechó para huir con las tres reliquias. La espada de Acero Blanco, el silbato que convocaba a un grifo, y el poderoso Fragmento Ámbar.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Dewitt. Aunque él había escuchado la historia prácticamente tantas veces como Scarlett, se comportaba como si la escuchara por primera vez.

—Alexander el Traidor se hizo a la mar y se convirtió en el rey de los piratas rebeldes —continuó ella—. Y hay quien dice que... en las noches oscuras de tormenta su barco sigue apareciendo de golpe, atacando silenciosamente a los marineros incautos. Dicen que el navío del Traidor, llamado Sombra, aún surca los mares, y que Alexander mata sin piedad a los comerciantes que se le cruzan para hacerse con sus tesoros, para saciar su sed de poder y riquezas, que nunca se agota.

—Eso no puede ser —dijo una de las hermanas—. Todo eso ocurrió hace muchísimos años, no es posible que aún esté vivo.

—¿Quién sabe los misteriosos poderes que guardan el Fragmento Ámbar y las otras reliquias en su interior...? —dijo Scarlett, imitando la forma en que Vieja Lengua solía terminar su relato—. ¿Quién sabe si el Traidor no estará surcando aún las aguas, poseído aún por el ansia de poder? Nadie lo sabe realmente... quizá él y sus secuaces aparezcan en los momentos menos pensados, atacando a los incautos que no creen en las leyendas y las historias... quizá...

La atenuación progresiva de la pequeña fogata ayudó a formar un ambiente de misterio e intranquilidad perfecto para terminar la historia. Los pequeños se miraban entre ellos con preocupación y miedo. Todos menos Dan, que permaneció serio e impassible.

Cuando Scarlett los hubo tranquilizado, asegurándoles que todo aquello no eran más que historias para asustar a los niños, consiguió que se tumbaran todos sobre el viejo

camastro y se pusieran a dormir. La muchacha se recostó entre Dewitt y una de las dos hermanas, y la noche la abrazó y la rodeó con su manto de oscuridad, y un sueño tranquilo y libre de culpas la inundó y sanó su espíritu roto.

El pan y las manzanas que la mujer llamada Delia les había dado les duraron exactamente dos días. Durante aquel tiempo los niños llamados Dan, Lara y Diana convivieron en la antigua panadería en ruinas junto con Dewitt y Scarlett. Pero una vez se agotaron las provisiones, desaparecieron. Rápido y en silencio, tal y como habían llegado. A Scarlett no le sorprendió lo más mínimo. En un ambiente como el de los barrios más pobres de la Capital se despertaban unos instintos prácticamente salvajes de lucha por la supervivencia. No se hacían amigos, no se confiaba en nadie que no perteneciera a los diminutos grupos que se formaban. Los niños se veían obligados a ser nómadas, a veces gorriones, a veces ladrones. Los tres pequeños se habían ido como habían venido. Sin agradecimientos, sin despedidas ni abrazos. Capital era una selva civilizada, donde demasiados lazos, depender de demasiadas personas, podían terminar por provocar una muerte solitaria.

Después de que los niños los dejaran pasaron unas semanas en las que Scarlett y Dewitt consiguieron lo justo para sobrevivir día tras días, pero nunca lo suficiente como para acumular provisiones para el invierno. El frío se acercaba y Scarlett estaba muy preocupada por la situación en la que ella y Dewitt se encontraban. De nuevo dependían de la suerte, tan esquiva y caprichosa. Una vez más la sonrisa de Dewitt se apagaba y desaparecía, por mucho que la chica se esforzara en alimentarla y mantenerla viva.

Scarlett se disponía a salir a las calles en busca de un nuevo pedacito de aquella preciada y perseguida buena fortuna, la que, por el contrario, tanto parecía esforzarse en ignorarles. Aquella mañana Dewitt no se había despertado con los primeros rayos de la mañana, por lo que la muchacha había decidido dejarle durmiendo. Si se despertaba querría salir con ella y si la acompañaba no solo la demoraría, sino que se cansaría, gastaría energías y se encontraría aún peor. Así pues la muchacha salió, como cada mañana, hacia un día que tenía ya varias horas de vida. Un día gris y monótono de cielo nublado. No era un día que invitara a pensar con optimismo. Y sin embargo, de nuevo debía intentarlo. La otra opción era la firme y fría muerte, siempre presente. Siempre acechante.

El recorrido de la niña comenzó por una de sus calles talismán. Se trataba de una calle con gran presencia de locales de sastrería llamada la Calle de las Agujas, en la que la semana anterior había conseguido un día zanahorias y cebollas y otro día unas monedas de cobre con las que había podido comprar media barra de pan duro. Sin

embargo, tras horas y horas pidiendo la voluntad a los transeúntes, tenía las manos tan vacías como siempre habían estado. Se vio obligada a recorrer las calles siguientes de su recorrido con cara larga, pies cansados y manos vacías.

Los soles, el pequeño y azulado que encarnaba a la diosa Alwa y el grande y blanquecino representativo del dios Daku llegaron ambos a su cénit del mediodía y Scarlett no había conseguido nada de nada. Ni una triste moneda, ni una manzana pasada. Hasta las muecas de empatía y pena hacia ella escaseaban. Decidió tomarse un descanso para retomar su actividad pasada la hora del mediodía. Pensó en Dewitt, pero no se preocupó. No era la primera vez que lo dejaba solo en el refugio y el chico sabía lo que aquello significaba: que tenía que quedarse a proteger el escondite hasta que ella regresara. En realidad era una misión fútil, pues el refugio era casi imposible de encontrar si no se conocía el camino entre las ruinas. Pero así Scarlett lo mantenía entretenido y no tenía que cargar con él durante todo el día. Le quería mucho, como si fuera su hermano, pero era cierto que cuando había que caminar se cansaba y se desanimaba con demasiada facilidad, por lo que al final tenía que ser ella la que terminaba por cargar con él.

Así pues Scarlett se acercó a la pequeña plaza en la que había la fuente donde rellenaba periódicamente su odre de agua. La fuente había estado antaño decorada por una estatua que con el tiempo se había desmoronado. Solo quedaban de ella los pies, motivo por el que la conocían como la Fuente de los Pies. Cuando Scarlett la veía le gustaba imaginar qué podría haber sido aquella estatua antes de caer, inventando e imaginando historias sobre su pasado y su historia.

Una vez junto a la fuente la muchacha se acercó al agua y bebió un largo trago para saciar la sed que horas y horas de andadura le habían provocado. A su alrededor, la gente iba y venía sin preocuparse por ella, y los gritos de los mercaderes anunciar sus productos se oía como un telón de fondo. Ella no era más que parte del decorado.

Cuando hubo recuperado fuerzas, todas las que podía sin nada que llevarse a la boca, decidió continuar su camino. «¿Todo un día sin encontrar absolutamente nada? No es posible». Al menos ella quería creer que así era. Casi todas las veces que salía a pedir limosna acababa por obtener algo. A veces no era más que un mendrugo de pan raído, o un pedazo de cecina dura como el cuero, o fruta de un color más negro que de cualquier otro. Pero era algo. Eran muy pocas las veces en las que no obtenía absolutamente nada. Y sin embargo sentía planear aquella posibilidad por encima de su cabeza, como un ave carroñera que sigue lentamente y en silencio a una presa a la que sabe que pronto devorará.

Los pies de Scarlett recorrieron calles y calles de la parte pobre de Capital. Si pudiera, iría a las zonas más ricas, pero sabía que era demasiado peligroso. En aquellas zonas los vagabundos y los mendigos no estaban bien vistos, y los guardias de la ciudad estaban bien atentos para que no ocurriera.

Tras horas y horas de caminar ya ni siquiera notaba los golpes de las piedras que sobresalían del barro, sino un dolor fuerte y continuo en las plantas de sus pies, que ardían como si fueran hierros al rojo vivo.

Tras la que a ella le parecía la negativa número mil a sus peticiones de buena voluntad, se derrumbó en una esquina y el llanto la invadió como un torrente. Se sentía demasiado débil hasta para llorar, pero se sorprendió de la facilidad con que las lágrimas brotaban de sus párpados y sus hombros se sacudían con crecientes sollozos. La luz de los soles era ya del color dorado del ocaso, y sus manos estaban tan vacías como su estómago. Y sin embargo, no lloraba por ella. Su pena no era para con su propio sufrimiento, sino por el de Dewitt. Ella sabía que el chico la estaba esperando impaciente en el refugio, y que cuando la viera llegar abriría mucho los ojos, ilusionado ante la posibilidad de llevarse algo al estómago antes de ir a dormir. Pero Scarlett no tenía nada. Tendría que mirarle, negar con la cabeza, y ver cómo el alma del chico se apagaba en su mirada. Tendría que reconfortarle con palabras de falsas, alimentarlo de esperanzas y promesas de un mañana mejor. Pero ella sabía que aquello no era más que mentiras. «Mañana será un día tan malo como ha sido hoy. Como lo son todos».

—¿Te encuentras bien?

La voz a su espalda la pilló desprevenida, despejó su llanto y la puso alerta. Se levantó de un brinco con fuerzas que no sabía que tenía y buscó el origen de la voz. Junto a ella había un chico. Por un momento creyó que se trataba de Dewitt, pero al cabo de medio segundo se dio cuenta de que no era él, aunque los unía un parecido remarcable. Se trataba de un muchacho de no más de diez años, con una nariz pequeña y redonda, ojos oscuros y cabello corto, grueso y despeinado. Vestía ropajes sencillos, pero Scarlett se percató al momento de que no era lo que llevaría un niño de las calles. Iba calzado, portaba una gorra y una bufanda que le protegían del creciente frío, y aunque su ropa era vieja y gastada, estaba en buen estado y no tenía roturas o descosidos.

Tras unos instantes con el pulso muy acelerado, Scarlett recobró la calma.

—Perdona —dijo el niño, haciendo ademán de acercarse a ella—. No quería asustarte. ¿Estás bien?

—No... la verdad es que no.

La mueca de preocupación del chico creció.

—¿Qué te pasa?

«¿Por dónde podría empezar?»

—Ha sido un mal día, nada más —optó por decir.

El chico la miró por unos instantes, como sopesando si seguir haciéndole preguntas sobre el tema, hasta que al final pareció decidir llevar la conversación por otro lado.

—¿Cómo te llamas?

—Scarlett. ¿Y tú?

—Me llamo Basthian, como mi abuelo, pero todos me llaman Bas. Tú también puedes llamarme así si quieres.

Scarlett forzó una sonrisa y se frotó los ojos enrojecidos.

—Es un placer, Bas.

De pronto pareció que el muchacho se percataba de algo.

—Dioses... tienes la ropa llena de rasgaduras. Y... ¿qué les ha pasado a tus zapatos? ¿Los has perdido?

—Yo... yo no... —Bas la miraba sin comprender—. Yo no tengo zapatos.

—¿Y tus padres no te compran unos? No deberías ir por la calle descalza, te podrías cortar.

Scarlett se volvió a quedar sin palabras. No se le ocurría cómo podía hacer entender a aquel chico que su idea de lo que era la vida en Capital era radicalmente diferente de la suya. La chica todavía trataba de averiguar qué responder cuando, de pronto, no hizo falta. Bas abrió mucho los ojos y lo comprendió.

—¡Oh! Ya... ya entiendo —dijo, como disculpándose—. Perdona. Debería haberme dado cuenta.

De una forma extraña, Scarlett se sintió aliviada.

—No pasa nada, Bas. Te agradezco tu preocupación. Debería volver. Se está haciendo tarde.

—Si no te importa que te pregunte, Scarlett... volver, ¿a dónde?

—Un escondite... un refugio en el que yo y otro chico pasamos las noches. No es como tener un techo sobre la cabeza, pero es mejor que nada.

El chico llamado Basthian bajó la mirada. Parecía sentir culpabilidad, o al menos eso le pareció a Scarlett.

—¿Y qué hacías fuera tan tarde? Mi abuelo dice que es peligroso rondar hasta muy tarde...

—Buscaba... pedía caridad. Unas monedas, algo de comida... lo que fuera. Pero hoy ha sido un mal día.

El chico la miró con lástima, como si tratara de buscar palabras de ánimo pero sin encontrarlas. Al cabo de unos segundos su expresión cambió. Abrió los ojos y sus labios se separaron, y una palabra estuvo a punto de emerger. Pero se contuvo. Se lo pensó y calló. Scarlett pudo ver cómo sopesaba aquella idea en su mente durante un minuto. Hizo un nuevo intento de hablar, pero volvió a fracasar. Scarlett quería decir algo que le ayudara, pero tampoco se le ocurría nada que decir.

La indecisión de Bas no duró. Al final, tras meditarlo, pareció decidirse.

—Quizá yo podría ayudarte, Scarlett... —dijo con un susurro, como si tuviera miedo de que pudiera ser oído—. Trabajo de aprendiz en una panadería. A veces hacemos hogazas que no conseguimos vender, y al día después ya nadie las quiere porque están duras. Cuando eso pasa el panadero me envía a venderlas por algunos cobres a las posadas cercanas... creo que allí las aprovechan para alguna sopa o cocido, o algo así... quizá algún día podrías acercarte, y cuando salgo a repartir el pan que sobra podría darte un poco.

Scarlett notó un nudo en la garganta.

—Bas... yo...

—Ya lo sé... —dijo él con expresión abatida—. Ojalá pudiera darte pan del día, pero es imposible. El panadero vigila muy bien sus hogazas y si sospecha que alguien le ha robado alguna se pone furioso. Una vez pensó que le había robado un cuarto de barra y me... me...

El chico bajó la mirada y la clavó en el barro. Por el miedo que reflejaba su rostro y el temblor que le poseyó Scarlett comprendió a lo que se refería. La chica alargó una mano y la posó sobre el hombro del muchacho, que levantó la cabeza y la miró.

—Es más gratitud de la que podría pedirte, Bas —dijo la chica—. Pero no quería que te metieras en problemas por mi culpa.

El chico pareció sentirse aliviado e hizo un gesto como quitándole importancia.

—No creo que haya ningún problema. El panadero no me ve cuando salgo a dar el pan viejo, y casi nunca cuenta las monedas que le traigo a la vuelta. Si quieres, pásate mañana, un poco más pronto de lo que es ahora. Es una panadería pequeña, tres calles más arriba de aquí. Se llama La Buena Hogaza. No te costará encontrarla.

Tras agradecerle profusamente su generosidad, Scarlett se despidió de Bas y se dirigió de vuelta hacia su refugio con un amago de sonrisa bailando en sus labios. No había sido un buen día, pero al menos quedaba un resquicio de esperanza. «Quizá mañana sí será mejor después de todo...»

Al día siguiente, tal y como Bas le había indicado, Scarlett fue hacia el lugar donde se había encontrado con él y subió tres calles. Tras una corta búsqueda encontró la panadería que el chico le había mencionado. Aunque ella no sabía leer, el nombre del establecimiento estaba inscrito en un cartel con forma de hogaza de pan. Como no había ningún otro negocio cerca que pudiera parecer una panadería, Scarlett llegó a la conclusión de que debía de tratarse de aquella.

Así, una vez localizado el local en el que el joven Bas trabajaba, Scarlett comenzó a merodear por los alrededores tratando de no llamar la atención. A pesar de todo estaba hecha un manojo de nervios, y cada vez que oía la puerta de la panadería abrirse daba un brinco, a la espera de la aparición de Bastian. Pero el muchacho no era nunca el que salía por la puerta, sino clientes que la miraban con el ceño fruncido. Como no quería llamar la atención, Scarlett decidió ir a pasear por los alrededores. Ya que no tenía nada mejor que hacer, pidió caridad durante un rato, pero tras recibir en respuesta nada más que un silencio tajante por parte de aquellos a los que se acercó, lo dejó estar. Al cabo de poco volvió a pasar por la calle de la panadería, y cuando observó hacia el interior del establecimiento se sobresaltó al darse cuenta de que las luces que antes había visto desde el interior ahora estaban apagadas.

Los nervios que había conseguido serenar la poseyeron de nuevo, y comenzó a mirar arriba y abajo en busca de Bas. Como no sabía en qué dirección iba el muchacho cuando salía a repartir el pan duro eligió un camino al azar y se puso a buscarlo de calle en calle. Sin embargo, el chico no apareció, por lo que Scarlett volvió hacia La Buena Hogaza. Cuando se acercaba al local vio que la puerta, a pesar de que las luces del interior estaban apagadas, se abría. Un hombre corpulento y gordo, cuya calva brillaba de sudor a pesar del frío, y que vestía ropajes de trabajos manchados de harina, salió por la puerta. Una vez fuera sacó un manajo de llaves y eligió una. Cuando la introducía por la cerradura vio a Scarlett. Ella detuvo su avance y el hombre frunció el ceño.

En el momento en que el panadero abrió la boca para replicar a la muchacha que quién era y qué quería, Scarlett ya se encontraba en el otro extremo de la calle, corriendo como una poseída y con el corazón restallándole en los oídos.

Al cabo de unos minutos por fin se serenó y se detuvo, y tardó un rato más en recobrar el aliento. Se paró junto a una esquina y pensó en lo que acababa de sucederle. «¿Por qué me he puesto tan nerviosa?» Pensándolo fríamente, no había nada explícitamente peligroso en la situación. Aunque el panadero le hubiera dicho algo, él no sabía por qué ella se encontraba en aquel lugar. Sin embargo, el hecho de saber que estaba haciendo algo que no debía, o que le podría traer problemas a ella o incluso al chico que se había ofrecido a ayudarla eran pensamientos que le habían impedido actuar con la mente fría.

Poco después llegó al refugio y le explicó a Dewitt lo ocurrido. Scarlett se fue a dormir triste y cansada. Cuando Dewitt la había visto llegar con las manos vacías, ella había visto apagarse un pedacito de él en su mirada. Y eso, poco a poco, la mataba más que el hambre.

Tras el intento de encontrarse con Bas, el muchacho que trabajaba en la panadería, Scarlett dejó pasar algunos días sin hacer intento de aproximarse a la zona donde se encontraba La Buena Hogaza. No le gustaba la idea de que alguien, especialmente el dueño del establecimiento, se percatara de que su presencia cerca del local era más habitual de lo normal. Por ese motivo Scarlett volvió a su rutina normal durante dos días, con el joven Dewitt acompañándola en sus largas caminatas por las calles cada vez más frías de Capital. No fueron unos especialmente malos, aunque lo que consiguieron no les duró hasta la mañana siguiente y poco hizo para paliar la enorme sensación de hambre y fatiga que se apoderaba de ellos día a día.

Pasados dos días Scarlett decidió intentarlo de nuevo. Aquella vez esperó un poco más, que la luz de los soles hubiera menguado hasta casi desaparecer para pasearse por delante de la panadería donde Basthian trabajaba de aprendiz.

En el momento en que puso los pies en la calle donde se encontraba La Buena Hogaza, sintió que su corazón volvía a bombear con demasiada fuerza y los nervios comenzaron a acelerarle la respiración. Antes de continuar andando, sin embargo, cerró los ojos y, tal y como había hablado con Dewitt, respiró profundamente tratando de convencerse de que no estaba haciendo nada malo allí. «Solamente estás paseando».

«Solo estás de paso, no vas a meterte en ningún problema». Continuó así durante unos minutos, hasta que los nervios porque alguien pudiera verla allá plantada la obligaron a abrir los ojos y comenzar a andar. No se sentía tranquila, pero quizá había conseguido templar y relajar un tanto su mente.

Y como si hubiera estado esperando que ella arrancara a andar, cuando hubo dado dos pasos la puerta de la panadería se abrió y una pequeña figura cruzó el umbral. Scarlett pudo reconocer la silueta del niño llamado Bas, que, sin verla a ella, se dirigió hacia el lado contrario de la calle. Iba vestido con unas ropas similares a las que llevaba cuando conoció a Scarlett, además de un delantal blanco y desgastado que le iba demasiado grande. Portaba una cesta de esparto trenzado que acunaba con los brazos y con mucho cuidado, como si se tratara de una madre con su recién nacido.

Scarlett estuvo tentada de llamarlo, pero estando tan cerca de la panadería creyó más prudente seguirlo y llamar su atención en un lugar un poco más alejado, y eso fue lo que hizo. Al cabo de unos minutos, cuando ella ya estaba segura de que desde la panadería no podrían escucharles, aceleró el paso hasta que estuvo lo bastante cerca del chico como para llamar su atención con un susurro. Bas no pareció asustarse cuando oyó el sonido, sino que se giró hacia Scarlett, curioso. Cuando la reconoció sus ojos se iluminaron y mostró una amplia sonrisa.

—¡Scarlett! ¡Has venido por fin!

Ella le devolvió la sonrisa.

—Sí, Bas. De hecho, me acerqué a la panadería el día después de conocernos, pero no conseguí verte y al final me marché.

—Vaya... me pareció extraño no encontrarte, y te estuve buscando. Pero no podía perder mucho tiempo. Y la verdad es que ahora tampoco puedo, así que...

Dejó la gran cesta en el suelo y metió las manos por debajo de la tela que la cubría. Rebuscó durante unos instantes hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

—Toma, esto es para ti. He guardado las menos duras al fondo para poder dártelas.

Scarlett se encontró de pronto con tres grandes medias barras de pan oscuro entre los brazos. Estaban algo duras, pero no tanto como las que ella estaba acostumbrada a comprar con las escasas monedas que conseguía pidiendo caridad.

—Siento no poder darte más... pero el panadero lo notaría.

—No, Bas... esto es más de lo que podría pedirte.

Scarlett se quedó plantada un segundo, sin saber qué decir o hacer. De pronto se le ocurrió. Sujetó el pan con un solo brazo mientras con la otra mano se rebuscaba entre los pliegues de su vestido harapiento. Antes de que Bastian pudiera preguntar nada, ella sacó algo y se lo puso en la mano. Bas abrió los dedos y encontró tres diminutas monedas de cobre.

—No son suficientes como para comprar ni una de estas tres hogazas —dijo Scarlett—. Pero ahora mismo es lo único que tengo. Acéptalo y...

Antes de que pudiera continuar Bas hizo un gesto y de pronto ella volvía a tener las monedas entre las manos.

—No, no, Scarlett. No te las estoy vendiendo. Te las estoy dando. Quédate también las monedas, seguro que cuando se os acabe el pan a ti y a tu amigo os harán falta.

A Scarlett le dolía admitir cuán cierto era aquello, por lo que no replicó y se volvió a guardar las monedas.

—Gracias Bas, de verdad... no sé qué decir.

—No digas nada. Solo vete, comed el pan y estad bien. Puedes volver a pasar dentro de unos días. Si hiciéramos esto cada día, quizá el panadero sospecharía, pero si solo es de vez en cuando creo que estaremos seguros. Ahora debo irme, si me retraso me...

Dejó la frase por terminar y pareció que le sacudía un escalofrío. Tras sonreírle a Scarlett por última vez, se alejó corriendo con el cesto, que era casi tan grande como él, entre brazos. Cuando desapareció tras una esquina Scarlett se dio media vuelta y se dirigió rauda hacia su refugio con las tres medias barras envueltas con la falda de su vestido para ocultarlas de la vista.

Cuando llegó, Dewitt ya tenía una fogata preparada. Para Scarlett la expresión del muchacho cuando vio las tres hogazas no tuvo precio. Se comieron una entre los dos para cenar y escondieron bien las otras dos. Después se cubrieron con las mantas raídas sobre el lecho y se abrazaron. Hacía frío, no tenían hogar y eran más que pobres. Y aun así, aquel día se durmieron con una sonrisa y con la barriga llena.

Aunque a partir de aquel momento Dewitt y Scarlett pasaron a tener una fuente más o menos regular de alimentos, seguía sin ser suficiente como para mantenerlos bien alimentados y sanos, especialmente en aquellos momentos en los que el invierno se recrudecía a cada día que pasaba. Scarlett sabía, por su experiencia, que lo más sabio era acumular el máximo de provisiones posibles, porque en pleno invierno sería muy difícil o imposible conseguir nada por diversos motivos. Primero porque había menos gente a la que pedir. Con las nevadas invernales la gente no salía de sus casas, lo que significaba que por cada diez viandantes a los que antes Scarlett pedía la caridad, quizá en pleno invierno podría pedirla a dos o tres como mucho. Otro motivo era que la poca gente que salía no estaba en situación de dar nada: bastante tenían ya con tener que pasar el duro invierno con lo que habían podido acumular.

Por ese motivo Scarlett estaba muy preocupada por lo que ella y Dewitt iban a hacer cuando el invierno llegara a su cénit. El invierno anterior, en el que aún no conocía a Dewitt, había podido sobrevivir a duras penas, pero le había costado horrores y había sufrido mucho. Ahora, también con el chico... la cosa cambiaba. Aunque el pan que Bas podía darles de vez en cuando era más que apreciado por Scarlett, ella sabía en su interior

que no era suficiente, y por eso, durante aquellos días de frío creciente, no dejaron de pedir limosna a la buena voluntad de los ciudadanos de Capital, con un éxito cambiante y efímero.

Durante las dos semanas siguientes Scarlett fue a ver al aprendiz de panadero un total de cinco veces, dos la primera semana y tres la siguiente. Siempre trataban de dejar uno o dos días entre los que ella iba a buscarle para no levantar sospechas, pero Basthian no se atrevía a darle demasiada comida por miedo a lo que podría ocurrir si le atrapaban.

Ya hacía dos días desde la última vez que la muchacha había ido a buscar a Bas, por lo que decidió que aquel era un buen día para volver a acercarse por los alrededores de La Buena Hogaza y buscar al muchacho. Sin embargo, Bas no apareció en la esquina en la que solían cruzarse. Scarlett esperó hasta que fue prácticamente de noche, pero el chico no vino. La chica terminó por desistir y de nuevo se fue al refugio.

Al día siguiente tampoco lo encontró, y entonces fue cuando Scarlett se comenzó a preocupar. ¿Y si le habían pillado? ¿Y si había decidido dejar de darle comida? Cualquier escenario que se derivara de la desaparición de Bas no la beneficiaba en nada, por lo que el miedo y la preocupación se instalaron en su pecho. Y cuando, al siguiente día, tampoco dio con el chico, los nervios y la frustración la dominaron de nuevo con unas riendas implacables.

Cuando se hizo de día una vez más, la muchacha salió pronto del refugio que compartía con Dewitt, que aún dormía, y comenzó su larga caminata en busca de limosnas, tratando de apartar a Basthian y su ausencia de su mente. A mediodía, con las manos tan vacías como a primera hora, terminó donde siempre hacía sus descansos: en la plaza donde se encontraba la Fuente de los Pies. En ella recuperó fuerzas y bebió. Y aunque trataba de pensar de forma optimista de cara a la tarde, no podía evitar que la absorbiera una nube de negro desaliento. Observó su demacrado reflejo en las aguas sucias de una fuente rota. «Todo está roto». No sobrevivirían al invierno. Lo veía con claridad. El frío se los llevaría, y si este no lo conseguía lo haría el hambre.

—¿Un mal día, muchacha?

Scarlett dio media vuelta. Ante ella, al pie de la Fuente de los Pies, se erguía un joven alto de cabello negro, corto y liso, y despeinado. Vestía con ropajes oscuros que parecían cómodos, pero de no demasiada calidad. Las facciones de su rostro eran pronunciadas y fuertes, y la miraba con un solo ojo de color verde oscuro. El iris del otro ojo, el izquierdo, lo tenía cubierto por una bruma blanquecina, lo que indicaba que lo tenía ciego. El hombre sonreía.

—Sí señor... —respondió ella, un tanto insegura.

—No estás acostumbrada a que te hablen si no es para decirte que no te pueden dar monedas, ¿no es cierto?

Ella asintió con la cabeza. El hombre la miró a los ojos con intensidad y entonces Scarlett comenzó a sentir una extraña y curiosa sensación que no había sentido nunca.

Al principio le causó sorpresa, pero a los pocos instantes se comenzó a sentir incómoda. La mirada de un único ojo del extraño era más penetrante que cualquier otra que ella hubiera contemplado. Sentía como si aquel hombre la inspeccionara por dentro, como si ese único ojo pudiera ver lo más profundo de su persona. Como si la dejara indefensa, desnuda y desarmada. Como si no pudiera esconderle nada. Era una sensación... desagradable. El hombre sonrió, y la sensación se desvaneció en un suspiro. No había durado más que un segundo.

—Te llamas Scarlett, ¿no es así? —preguntó. Ella asintió, extrañada—. Puedes estar tranquila, tú no me conoces. Te he oído antes pedir limosna a una mujer, y os vi a ti y a tu pequeño amigo rondar esta plaza hace unos cuantos días. Sobrevivís a base de lo que os da la gente.

Parecía una pregunta, por lo que Scarlett asintió de nuevo.

—Sí, señor.

—¿Y cómo te ha ido hoy?

—Bueno... no muy bien hasta ahora.

—Vaya, es una lástima... —El extraño pareció meditar algo durante algunos segundos—. ¿Qué me dirías, pequeña, si te dijera que te daré unas monedas a cambio de que me dejes contarte una historia?

Scarlett frunció el ceño. No lo entendía.

—Aceptaría, señor, pero...

—Entonces ven. Anda conmigo.

El hombre de un solo ojo se puso a andar, alejándose de la Fuente de los Pies y sin esperar a que ella lo siguiera. Tras unos instantes Scarlett dio un correteo y lo alcanzó. La curiosidad había desterrado las preocupaciones y los miedos de su pensamiento.

Se adentraron en silencio en el entramado de callejuelas que componían los barrios más humildes de Capital. En las zonas más periféricas de la ciudad las calles eran nuevas y rectas, y estaban limpias y adoquinadas. Los edificios se alzaban para que formaran una imagen bella para el ojo del viandante. Sin embargo, en la zona donde vivían Dewitt y Scarlett las calles eran barro y polvo, los edificios eran todos distintos unos de otros, y muchos se habían derrumbado hacía años, como su propio refugio. Un lugar donde la basura y la mugre se acumulaban en las esquinas.

El hombre de vestimentas oscuras comenzó a caminar con decisión por las calles, como si las conociera tanto como conocía la palma de su propia mano. Parecía que iba hacia algún lugar en concreto, aunque la chica no pudo descubrir cuál, por mucho que se esforzó en averiguarlo.

—Te voy a explicar un cuento muy curioso que, muy de tanto en tanto, cuentan los bardos y los juglares —comenzó el hombre de un solo ojo sin dejar de caminar ni un instante—. No es una historia tan conocida como las épicas leyendas de Edunai Kirindel y los grandes héroes. No habla de grandes batallas, de regalos de los dioses, o de aventuras ocurridas hace siglos. Es una historia de hombres sencillos, de hombres reales.

Una historia de hombres sin nombre. Este cuento habla sobre un pequeño pueblo situado en un lugar muy, muy lejano. Qué lugar fuera o a qué reino perteneciera es más que irrelevante. Así pues, allá voy.

»Según se cuenta, los tiempos en los que esta historia tuvo lugar eran tiempos de sequía. Una sequía que arrasaba campos enteros. Dice la historia que llegaron a pasar incluso décadas sin que una sola gota de agua cayera del cielo en aquel remoto poblado. Ven, sígueme. Por aquí.

»Los habitantes de este poblado vivían casi exclusivamente de sus campos y plantaciones. Vivían de la tierra, del sudor de sus frentes y la fuerza de sus brazos. No conocían otra forma de vida, por lo que, como puede suponerse, la sequía acabó con su principal fuente de recursos. El rey que por aquel entonces gobernaba aquellas tierras escuchaba día tras día las súplicas de los campesinos, que le rogaban que les ayudara, que les enviara comida, porque morían de hambre día tras día. Lo único que conocían era el campo y la siembra, y la tierra estaba muerta y bien muerta. Sin embargo, ningún carro del rey llegaba al pueblo con suministros. Ven, sígueme.

El hombre la conducía a través de los callejones con paso ágil y decidido. Scarlett lo seguía, casi más atraída por la propia historia que por la promesa que le había hecho el hombre de un solo ojo si la escuchaba. Era extraño, pero de algún modo se sentía... segura a su lado.

—Al ver que su pueblo no era rescatado por el rey—continuó explicando el extraño—, el jefe de los pueblerinos fue a hablar con su majestad en persona, pues este poseía fama de ser un gobernante bueno y justo. El único objetivo del jefe del pueblo era hacer entrar en razón al rey y conseguir la ayuda que su gente tanto necesitaba.

»Cuando llegó ante él, con todo un discurso preparado en el que apelaría a la nobleza, bondad y buen juicio del monarca, este, nada más conocer su identidad y su procedencia, le detuvo y le hizo acompañarle a unas estancias del palacio antes de que el jefe pudiera pronunciar su parlamento. Sin permitirle expresar sus peticiones, el rey recogió un par de cañas de pescar y unos cebos de un armario y condujo a su súbdito hasta la playa a la que daba el palacio. Una vez allí, por orden de su majestad, ambos se embarcaron en un pequeño bote hacia el interior del mar.

El hombre de un solo ojo se detuvo junto a una esquina. Se encontraban en una zona de callejones estrechos muy poco concurrida.

—Una vez en la barca del rey—continuó—, el monarca se dirigió al jefe del poblado que sufría la sequía, que no entendía qué estaban haciendo allí. Según le decía y repetía a su majestad, él no sabía pescar. Entonces el rey lo miró, y le dedicó las siguientes palabras: «Si doy de comer hoy a tu pueblo, comeréis hoy, y quizá comeréis mañana, pero moriréis al día siguiente. Si os enseñó a alimentaros por vuestra propia cuenta, viviréis eternamente».

Scarlett lo miró, extrañada, tratando de desvelar el significado del final de la historia. Mientras pensaba, el hombre lanzó algo hacia ella y la muchacha lo cazó al vuelo. Era

una bolsa tintineante. Cuando la chica miró en su interior vio un brillo plateado. Se le hizo un nudo en el estómago y abrió los ojos como platos.

—Escúchame bien, joven Scarlett —dijo el hombre de un solo ojo mientras ella seguía embobada mirando su pequeño tesoro—. Con lo que te acabo de dar, tú y Dewitt podréis comer al menos un mes, más si lo racionáis bien. Pero una vez se acabe ya no tendréis más. Necesitáis una fuente de ingresos estable, algo que os permita salir de donde sea que os refugiáis y que os permita alimentaros de forma medianamente decente.

—Pero... pero... ¿cómo...?

De pronto un hombre dobló la esquina tras la que habían quedado parados Scarlett y el tuerto desconocido. Como si hubiera estado esperando su llegada, el hombre de un solo ojo agarró al que acababa de aparecer por el cuello de la camisa y lo estampó contra la pared del callejón. Scarlett contemplaba la escena con asombro, sin dar crédito a lo que veía y lo que estaba ocurriendo. El hombre que había doblado la esquina era de mediana edad, incipientemente calvo y con una barba descuidada y gris. Tenía la nariz y los pómulos rojos, y sus ojos enturbiados denotaban que había bebido. Sin embargo, a pesar de su embriaguez, miraba con los ojos muy abiertos al tuerto, con una mezcla de sorpresa y miedo que se reflejaba en su mirada.

—No... no tengo nada, señor... no puedo... no puedo...

El tuerto frunció el ceño y lo miró como sin comprender.

—¿Cómo dices?

—Que no tengo... no llevo nada para... para...

—Habla claro, maldita sea. No te entiendo.

—Que no llevo monedas, señor... no me haga daño, no puedo darle...

El hombre de ropajes oscuros por fin pareció comprender.

—Espera... ¿crees que te estoy robando? —Soltó una carcajada seca y gutural—. No, no. Esto no es un robo. De hecho, todo lo contrario. Te estoy dando la oportunidad de ganarte un buen saco de monedas, si es que lo quieres. ¿Qué me dices?

La mirada que el borracho dedicó al tuerto fue digna del mejor actor teatral. Abrió mucho los ojos y lo miró como si no terminara de comprender el idioma en el que le hablaban. Daba la impresión de que no podría estar más sorprendido ni aun que de pronto uno de los tres dioses se le apareciera delante para nombrarlo el nuevo Emperador. El asombro de Scarlett no era menor. Aquello era, de lejos, lo más surrealista que le había pasado en la vida.

Pasaron unos segundos y, ante la falta de respuesta del transeúnte ebrio, el tuerto presionó un poco más su agarre sobre él.

—¿Me comprendes o no? —gruñó—. ¿Hablas mi idioma, maldita sea? —El hombre asintió lentamente, como si no terminara de estar seguro—. Bien. Entonces ahora me escucharás con atención. No te pierdas un solo detalle de lo que voy a decir.

»Sé que eres un habitual de las tabernas y posadas de la zona. Las conoces todas, al menos las que se encuentran en esta parte de la ciudad. En ellas ahogas tu rabia y tu tristeza. La depresión que tu vida de mierda te genera. Podrías acabarlo todo con esa navaja que guardas en la repisa, pero no tienes el valor para hacerlo. Nunca te ha gustado el dolor, y menos la sangre. Es mejor emborracharse hasta perder el sentido, ¿no es así? ¿Quién puede reprochártelo?

»Ahora mismo vas a pensar en una posada. Tiene que ser una que no sea de las más lujosas, pero tampoco una de las de mala muerte donde duermen los rateros y las prostitutas. Tiene que ser austera pero limpia. Y sobre todo, te tienen que conocer, pero no a un nivel muy personal. Que te hayan visto por lo menos una docena de veces, y que sepan tu nombre al menos, pero nada más de ti. Ni a qué te dedicas, ni si tienes familia, ni nada similar.

El tuerto hizo una pausa para que el borracho asimilara sus palabras.

—Así pues, dime, buen amigo —continuó al cabo de unos momentos—. ¿Eres capaz de pensar en una posada como la que te describo?

Los ojos del hombre acorralado continuaron abiertos como platos. Su boca se había quedado medio abierta, confiriéndole una expresión de asombro atontado. Muy lentamente asintió, sin dejar de mirar al hombre de un solo ojo como si fuera alguna clase de criatura monstruosa de los cuentos y las leyendas.

—Bien —sonrió este ante la afirmación del borracho—. Entonces no pierdas detalle de lo que diré a continuación. No lo repetiré.

La puerta de La Jarra Honda se abrió con fuerza, llamando la atención de todos los clientes. El hombre que unos minutos atrás había sido retenido en el callejón por un tipo con un solo ojo entró en el local hecho una furia. Tiraba de la mano de una muchacha de no más de doce años, con la cara sucia y vestida con un viejo vestido deshilachado que antaño debió ser rojo. Todas las conversaciones se detuvieron para observar a los recién llegados. El hombre se dirigió con estrépito hacia la barra y se sentó en un taburete con expresión ceñuda y malhumorada. El posadero se acercó a él, atusándose el bigote y secándose la frente con un trapo. A pesar de que hacía un frío de mil demonios, tenía el rostro perlado de sudor.

—¿Qué puedo servirte, Allon?

El recién llegado levantó la mirada hacia el posadero, todo malos humos, y exhaló un hondo bufido. A su lado la chiquilla que lo acompañaba lo miraba con mucha atención.

—Ponme una cerveza, por favor, Kevin. A ver si se me pasa este disgusto...

—Si no te importa que pregunte... —dijo el posadero mientras servía una jarra de bebida espumosa y amarilla—. ¿Qué te ocurre? No sueles estar de este humor de perros.

La muchacha junto al recién llegado se dio cuenta de que el posadero no era el único que tenía la oreja puesta. También los otros clientes de la posada estaban pendientes de

su respuesta. Allon, una vez hubo dado un sorbo a su cerveza, la dejó sobre la barra con un golpe e hizo un gesto impreciso hacia la niña que había entrado junto a él.

—Es esta maldita cría —refunfuñó—. Mi hija Mathi. Ya estoy harto de ella. No hace nada en casa y no es lo suficientemente espabilada como para encontrar algún niño rico al que le gusten las mojigatas de coño estrecho, o por lo menos algún trabajo que le permita traer algo de dinero a casa. Pero nada... ¡nada de nada, joder! No es más que un gasto. ¡Una carga!

Scarlett miró al hombre que se sentaba a su lado con estupefacción. No podía creer que aquel fuera el mismo que, unos minutos atrás, había sido arrinconado por el hombre de ropa negra y un ojo ciego en el callejón. Al principio al tal Allon le había costado entender lo que aquel le pedía, pero cuando tuvo las monedas en la mano adoptó el papel de padre enrabiado casi al momento. La chica no salía de su asombro. Fuera como fuera, quedaba claro que la capacidad teatral de aquel borracho era más que sobresaliente.

—Ya veo... es cierto que estos niños de hoy en día son unos inútiles —dijo el posadero, más para darle la razón a su cliente que por propia convicción.

—¡Y tanto! ¡Bravo! ¡Bien dicho, por el Abismo! ¡Para nada sirven! —Exclamó Allon, derramando unas gotas de cerveza y dándole un largo trago que dejó la jarra hasta casi la mitad.

Tras él algunos clientes asintieron y musitaron gruñidos de acuerdo, volviendo a sus asuntos y a sus propias conversaciones. Allon guardó silencio durante unos minutos, dando algunos sorbos a su jarra. Scarlett, a su lado, esperaba pacientemente en silencio. Por fin el hombre que bebía distraído fingió que se le ocurría una brillante idea.

—¡Ya lo tengo! Kevin, bendito seas por los dioses. Eres justo lo que necesito.

—¿A qué te refieres?

—Siempre te andas quejando de que últimamente tenéis mucho trabajo. Y hace poco que Darea ha dejado de venir porque ya está demasiado embarazada. ¿Qué te parecería —señaló hacia Scarlett— quedarte con mi hija Mathi? Seguro que contigo por fin se espabilaría y se le pasaría la tontería.

—Pero... yo... —balbuceó Kevin.

—¡Claro que sí! —Exclamó Allon antes de que el posadero pudiera negarse—. Es perfecto. Yo me la quito de encima, tú consigues un par de manos extra y ella aprende de una jodida vez lo que cuesta ganarse el pan en esta vida. No tienes ni que pagarle mucho. Un puñado de monedas de cobre por un día de trabajo deberían ser más que suficientes para una inútil como ella.

El posadero pareció ir a negarse en un primer momento pero se lo pensó mejor y guardó silencio, valorando seriamente la oferta de su cliente. Scarlett tragó saliva.

—Supongo que podría tenerla algunas horas... lo cierto es que no nos iría mal alguien que ayudara limpiando platos.

—¡Tenla todas las horas que te venga en gana, por los jodidos dioses! —exclamó Allon mientras se levantaba de su taburete—. De hecho, que comience ahora mismo. Ya estoy harto de verla en casa sin hacer nada. Como la vuelva a ver sentada en la mesa viéndolas pasar, la mato de una paliza, lo juro. Al menos si está aquí así sabré que está siendo productiva. ¡Dioses, qué maldición de cría!

Terminándose la jarra de un solo trago, el falso padre de Scarlett se levantó y se dirigió a la puerta del local. Antes de desaparecer tras ella dirigió su mirada hacia la muchacha. «Yo ya he cumplido», parecía querer decir. Ella asintió y el hombre se marchó. Cuando ella se dio media vuelta, el posadero le tendía un viejo delantal que alguna vez había sido blanco.

—Vamos, niña, vamos —la apremió—. Hay mucho trabajo que hacer.

La idea del tuerto sobre trabajar en la posada, que en un principio a Scarlett le había parecido descabellada cuanto menos, había funcionado a la perfección. La chica comenzó a trabajar en La Jarra Honda, el establecimiento regentado por un hombre llamado Kevin. Llegaba cada día a media mañana, cuando los clientes acababan de desayunar, y se ponía a fregar platos, vasos, cubiertos, cazos y todo tipo de utensilios en una cubeta que había en la parte de atrás. Cuando terminaba era la hora de comer y el posadero siempre le daba a ella algún plato de comida que había sobrado con alguna hogaza de pan del día anterior. Para Scarlett aquello sabía a gloria. Dewitt se pasaba cada día por el callejón trasero de la posada a la hora del mediodía, cuando Scarlett salía a tirar los restos de comida y aprovechaba para darle de comer también al chico. Pasado el mediodía le tocaba volver a ponerse a limpiar lo que iban ensuciando los clientes que comían. También, de vez en cuando, ayudaba a sacar platos de la cocina y a hacer comandas. La cocinera era Anke, la esposa de Kevin, una mujer también rolliza que siempre iba de mal humor y siempre se quejaba por todo. Sin embargo, Scarlett descubrió a los pocos días que tenía buen corazón a pesar de que fuera todo gruñidos. Así, su jornada continuaba hasta la noche, cuando se marchaba. Al final del jornal, Kevin siempre le daba un puñado de monedas de cobre y le agradecía el trabajo del día. Algunos días había cinco o seis monedas, y otros había menos. Pero Scarlett siempre se llevaba consigo algunas monedas, y si podía, algún trozo de pan u otra comida que hubiera sobrado de la cocina y que Anke le permitiera llevarse. Scarlett, al salir, iba directa al refugio que compartía con Dewitt, que la esperaba siempre impaciente, y cenaban juntos con la comida que había traído ella.

Era una situación nueva para ellos, y aunque seguían viviendo en un edificio quemado y en ruinas, durmiendo entre mantas raídas y medio podridas, su situación acababa de dar un salto de calidad asombroso. Tenían poco, pero venían de no tener nada, por lo que valoraban lo que tenían más de lo que otro lo hubiera hecho. Con las monedas podían

permitirse pan del día, lo que les parecía el mejor manjar que un mortal podría haber comido nunca. Y lo mejor de todo era que todavía no habían gastado una sola moneda de plata del saco que el tuerto le había dado cuando se conocieron.

Desde ese encuentro Scarlett no había vuelto a acercarse a la panadería donde trabajaba el muchacho Bas, que en las semanas anteriores había conseguido darles pan, aunque no del día, de lo que no se había podido vender. Las últimas dos veces que la muchacha había ido a encontrarse con el chico, en el lugar y la hora en que solían verse, no lo había encontrado, y ahora que tenía la opción de la posada, una fuente de ingresos mayor y mejor, ya no se volvió a acercar a La Buena Hogaza. Scarlett no le dio muchas vueltas a la repentina desaparición de Bas. No era la primera vez que veía cómo alguien con quién había compartido algunas experiencias se marchaba sin dejar rastro. Había pasado lo mismo con los huérfanos con los que habían compartido la comida hacía ya casi un mes. Era algo normal. Scarlett lo sabía. «Alguien puede ayudarte, pero no puedes contar con su ayuda para siempre». «Al final cada uno necesitaba ayudarse a sí mismo más de lo que puede ayudar a otros».

Por esos motivos Scarlett despejó su mente respecto del aprendiz de panadero y se concentró en su trabajo en La Jarra Honda. Y así, de aquella forma, pasaron los días, y el cénit invernal estaba cada vez más cerca.

Scarlett salió de la cocina a toda prisa cargada con una bandeja de jarras recién lavadas. Nada más aparecer tras la barra Kevin se abalanzó sobre ella, agarrando media docena de ellas.

—Vamos, vamos muchacha —la apremió—. Hacía meses que no teníamos tanto trabajo. Vamos.

El posadero no exageraba lo más mínimo, por lo que ella sabía. Llevaba dos semanas en La Jarra Honda, pero nunca había visto a tantos y tantos clientes en el local. Estaba abarrotado y aún había gente esperando fuera. Era de noche y ella normalmente no se quedaba hasta tan tarde, pero Kevin le había pedido que se quedara aquel día para ayudarlos con la clientela. Aunque no lo pareciera, el trabajo de un par de manos más o un par menos se notaba muchísimo, o al menos así lo afirmaba Kevin muy a menudo.

El posadero dio una bandeja a Scarlett cargada con las seis jarras que le había cogido, que ya estaban llenas hasta el borde de clara y espumeante cerveza. La chica se movió con cuidado por entre las mesas, entregando las bebidas a quién Kevin le había indicado que tenía que hacerlo, y a su vez retirando platos, vasos y jarras vacíos. Mientras paseaba por entre las mesas no pudo evitar escuchar la conversación que algunos de los clientes estaban manteniendo. Aunque el bar estaba lleno parecía que la atención de todos los presentes se dirigía a la conversación que tenía lugar en una mesa situada en el centro del establecimiento. Como si lo que en ella se hablaba fuera más importante que lo que se dijera en cualquier otra mesa. Se sentaban allá tres hombres, cada uno bebiendo de su jarra con expresión ceñuda y semblante severo. De espaldas a la barra se sentaba un anciano de piel oscura y curtida, muy delgado. Tenía el cabello

muy fino y muy blanco, y por encima de la frente le escaseaba un tanto. Llevaba barba blanca de algunos días. Delante de él se sentaban dos más. El de la izquierda era un hombre forzado, con la piel de aquel color moreno rojizo tan propio de los campesinos. Era grande como un uro y tenía el pelo de la cabeza, la barba y los brazos muy negro. Este y el anciano vestían ropajes sencillos de gente humilde, prendas de lino viejas y desteñidas. Junto al grandote se sentaba el tercero de los que hablaban y atraían la atención de prácticamente toda la posada. Se trataba de un hombre gordo y engalanado con ropajes a la moda de Capital, de más calidad que nadie en la posada. Sin embargo, no parecía fuera de lugar. Tenía el pelo castaño algo canoso y lucía una perilla de aquellas que estaban de moda, según se decía, entre la nobleza. Tenía la piel muy roja y parecía acalorado, y no dejaba de mirar a sus interlocutores con gran preocupación.

—Parece que sí que es cierto —decía el hombre robusto en respuesta a alguna pregunta—. Los poblados periféricos ya han recibido visitas de los buitres. Y dicen que no les han dejado nada para el invierno... esos cabrones.

—¡Te digo que no puede ser! —le respondía el gordo—. ¿Cómo van a pasar los recaudadores tres veces en un mismo año? ¿Y justo antes del invierno? No me lo creo. Es imposible.

El corpulento con aspecto de campesino dio un golpe en la mesa con su jarra. Los músculos de sus brazos se tensaron debajo de la camisa.

—¡Y yo te digo que es cierto, Abismo jodido! —exclamó—. Los recaudadores están volviendo a pasar. Y se lo están llevando todo. ¡Todo!

Toda la posada se había detenido para escuchar la conversación de los tres hombres. Incluso Scarlett dejó de recoger por un minuto para poner la oreja.

—Pero el rey Eleth...

—¡El Abismo se lleve al jodido rey Eleth! —Gruñó el forzado—. No tiene temple para dirigir un reino. ¡No podría ni dirigir una granja, malditos sean los demonios!

—Ve con cuidado con lo que dices, Mik —advirtió el anciano que se sentaba junto a él—. Alguien podría tomar tus palabras por traición.

—¡¿Y qué diablos me van a hacer?! —Exclamó el aludido levantándose de su asiento y mirando a su alrededor con los brazos en alto—. ¡¿Qué más nos pueden hacer?! Los buitres están pasando por tercera vez en un año... ¡Justo antes del invierno! Se están llevando las reservas que hemos conseguido para los meses fríos. ¡Se lo están llevando todo, joder! Nunca, en toda mi vida, había visto tres impuestos en un año. Ni lo he visto yo, ni mi padre, ni mi abuelo tampoco lo vieron. Uno, casi siempre. Dos, los años malos. ¿Pero tres? ¡¿Tres, Abismo jodido?! No se pasan tres impuestos en un año, y menos antes del invierno. ¡Más le valdría al rey ahorcarnos y acabar antes con nuestro sufrimiento!

Se hizo el silencio en la posada La Jarra Honda. Todo el mundo había dejado de hablar, de beber, de trabajar y de moverse. El hombre llamado Mik pareció serenarse y se sentó de nuevo en la mesa. El gordo que se sentaba a su lado por fin reunió el valor para volver a levantar la voz.

—Pero no lo entiendo... ¿Por qué hace esto el rey Eleth? Sabe que nos está condenando a muerte... ¿Por qué lo hace?

—Porque no tiene otro remedio, Noak —dijo el anciano que se sentaba junto al hombretón—. Para él, es eso o la ruina total. Él es lo suficientemente listo —Mik soltó un bufido— como para saber que un tercer impuesto, justo antes del invierno, pondrá al pueblo en su contra. Pero no tiene otra solución más que esa.

—No puedo creer que el reino está tan arruinado —exclamó el gordo llamado Noach—. ¿A dónde demonios va el dinero de los otros impuestos, Amir? ¿Es que desaparece?

—Todo el mundo sabe que es por las deudas —contestó el viejo—. No es tanto la culpa del rey Eleth como de su padre. El viejo rey Aldec era un patán, los dioses lo guarden en el olvido. Prestó dinero a todo aquel al que le apeteció pedirlo, y nunca se lo devolvieron. Nunca supo cómo hacer que se lo devolvieran. No tenía el temple ni la autoridad para hacerlo. Para afrontar esas pérdidas el rey tuvo que pedir dinero prestado al extranjero y el reino se endeudó, y ahora sufrimos las consecuencias de esa ruina. Ahí tienes tu respuesta, Noak.

—¿Pues no seré yo el que pague los errores cometidos por esos Kirindel de pacotilla! —exclamó Mik—. No pienso ver morir de hambre a mis hijos este invierno por culpa de reyes que no saben gobernar mejor de lo que lo haríamos cualquiera de nosotros.

El silencio volvió a la posada. Al final fue el gordo, Noak, el que lo rompió de nuevo. Le temblaba ligeramente la voz. Sonaba nervioso y asustado.

—¿Y qué haremos cuando vengan los buitres?

Aunque nadie contestó, todos parecían saber la respuesta.

En los días siguientes la posada La Jarra Honda se convirtió en una especie de centro de reuniones en las que se hablaba de los asuntos políticos del reino de Amsul. Cada día, cuando la noche se acercaba, se formaba un corro cerca de las mesas centrales, no muy alejadas del calor de la chimenea, en las que diversos hombres hacían tertulia sobre los problemas que había en el reino, a la par que se quejaban de las soluciones por las que el rey Eleth Kirindel, rey de Amsul, optaba, las cuales iban todas en contra de las clases humildes. Los participantes en las conversaciones iban variando, aunque había algunos que eran más o menos fijos, como lo era el campesino fortachón llamado Mik o el anciano de nombre Amir. Scarlett siempre tenía la oreja puesta a sus conversaciones, por lo que aprendió muchas cosas en aquellos días. Siempre, cada noche, cuando volvía del trabajo le explicaba a Dewitt las cosas de las que se había enterado.

Aquella era una de esas noches. Había sido un día de trabajo duro, pero había merecido la pena. Entre las monedas que le había dado Kevin y alguna que otra propina que algún cliente le había dejado, Scarlett volvía hacia el refugio con una docena de piezas de cobre. Nunca había ganado tantas. Cuando llegó saludó a Dewitt y antes de tumbarse junto a él frente a la fogata que el chico ya tenía encendida, se dirigió hacia

una gran piedra que había en la otra esquina del edificio derruido. La apartó con esfuerzo y cavó un poco en la tierra revuelta hasta que su mano se cerró en torno a la bolsita. Era donde depositaba sus ahorros, su escondite secreto. Les quedaban las monedas de plata que le había dado a Scarlett el hombre de un solo ojo, y diecinueve de cobre que había conseguido ahorrar con su trabajo en la posada además de las doce que había ganado aquella noche. Mañana tendrían que salir a comprar provisiones, por lo que la bolsa se vaciaría notablemente, pero Scarlett esperaba que al menos pudiera mantener las monedas de plata para un caso de emergencia.

Depositadas las ganancias del día Scarlett se acercó a Dewitt y se acurrucó junto a él. Las llamas danzaban ante ellos y su calor la reconfortó. A cada día que pasaba hacía más y más frío.

—Cuéntame, cuéntame —exclamó el chico nada más sentarse ella—. ¿Cómo ha ido hoy?

—Hoy ha habido mucho trabajo —respondió Scarlett—. Ha venido muchísima gente y no he parado en todo el día. Pero me han dado un buen puñado de monedas. Mañana podremos ir a comprar.

—¿Qué han dicho hoy?

—¿Te refieres a los clientes? —Dewitt asintió—. Bueno... un poco lo mismo de siempre. Se han quejado del rey, de sus impuestos y de que vayan a volver a recaudarlos por tercera vez en este año.

—¿Pero por qué es tan malo el rey? ¿No se supone que debería proteger a la gente?

—Sí, Dewitt, eso es en teoría lo que debería hacer, pero parece que la realidad es distinta. Ahora mismo los buitres están viniendo hacia Capital, y todo el mundo cree que cuando lleguen va a haber problemas

—¿Quiénes son los buitres?

—Ya te lo expliqué —contestó ella—. Son los recaudadores. Se les llama así porque los buitres son unos pájaros carroñeros. Eso significa que se alimentan de animales muertos. Se lo comen todo y solo dejan los huesos. Por eso los llaman así, porque esos recaudadores se lo llevan todo y no dejan nada.

—Pero con el invierno acercándose...

—Eso es —asintió Scarlett—. La gente necesita ahorrar dinero y comida para los meses fríos. En invierno no se puede sembrar casi nada, y hace tanto frío que muchos animales se mueren. Si vienen esos buitres y se lo quedan todo...

—La gente se morirá.

—Exactamente. Por eso están tan enfadados. Creo que los recaudadores llegan la semana que viene, y si te digo la verdad... estoy preocupada, Dewitt. Creo que puede haber problemas de verdad.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la gente no tolerará el tercer impuesto. En otras ciudades, según dicen los de la posada, ya ha habido revueltas por culpa de los buitres. El ejército del rey las consiguió sofocar, pero si ocurre aquí, en Capital...

Scarlett guardó silencio unos instantes, con la vista fija en las llamas, pensativa.

—¿Qué... qué ocurrirá? —terminó por preguntar Dewitt.

—Que habrá sangre, Dewitt. Las calles se llenarán de sangre. Y tú y yo estamos en la calle. Lo que significa que estaremos en peligro.

Unos minutos después, Scarlett no habría sabido decir cuántos, Dewitt ya se había dormido acurrucado junto a ella para no perder el calor corporal. Parecía un recién nacido que se agarra instintivamente a su madre. La muchacha, a pesar de que estaba exhausta por la larga jornada de trabajo, no conseguía sumergirse en el sueño. La eludía.

Decenas de pensamientos cruzaban su mente a toda velocidad, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Pensamientos sobre el pasado y sobre el presente, y también sobre el futuro. Al cabo de lo que podrían haber sido horas, empezó a llorar. No se dio cuenta de que lloraba hasta que notó cómo las lágrimas recorrían sus mejillas una tras otra. No podía controlarlo y no lo entendía. No estaba especialmente triste o desanimada y su situación era, con todo, bastante mejor que unas semanas atrás. Y sin embargo las lágrimas recorrían su rostro como un río desbordado, mezclándose las alegres y las tristes en una sinfonía confusa e incontrolable. Como no quería despertar a Dewitt de su profundo sueño sollozó en silencio hasta que se quedó dormida por puro agotamiento. E incluso después de cerrar los ojos, todavía algunas últimas lágrimas se atrevieron a emerger de sus párpados entrecerrados. Y después, se hizo la calma.

Las funciones de Scarlett en la posada La Jarra Honda pronto dejaron de reducirse únicamente a la limpieza y el servicio, y la chica se convirtió también en la muchacha de los recados. Cuando Anke no podía salir, era ella la encargada de acercarse a los mercados a comprar los diversos productos que necesitaban. Desde carne o pescado, hasta especias extrañas, o barriles de vino. Al principio le había costado acostumbrarse a la cultura del regateo que había en los mercados, pero pronto se hizo a ella.

Una clara mañana, en la que hacía una temperatura más que agradable, Kevin había enviado a Scarlett a comprar verduras, huesos de cerdo, y otras cosas. No había mucho trabajo en la posada, por lo que ella tampoco tuvo prisa por hacer sus recados. Se tomó el paseo y disfrutó del buen tiempo, tratando de no pensar en las decenas y decenas de preocupaciones que la sobrevolaban y de cuya sombra nunca podía escapar del todo.

Aún faltaban algunas horas para la comida, y para que lo que ella debía comprar fuera se convirtiera en indispensable. Scarlett sabía que tenía tiempo, por lo que decidió disfrutar de la caminata. Se paró en algunos puestos de joyas y baratijas llegadas del

extranjero, pero no compró nada. Se detuvo algunos minutos en una plaza donde un cuentacuentos estaba recitando una historia de un líder plebeyo que, siglos atrás, se había alzado contra la opresión y la injusticia para dar la libertad a su pueblo. No era la primera historia de ese estilo que Scarlett había escuchado en los últimos días. Algo le decía que ni la mitad de las historias que rondaban guardaban cierto parecido con la realidad, pero la muchacha comprendía que aquellas historias tenían una razón de ser muy distinta al simple entretenimiento. Parecía como si los plebeyos se estuvieran preparando para la llegada de los buitres, animándose los unos a los otros recordando a grandes héroes de los humildes que, aunque no hubieran existido o cuyas historias hubieran aparecido hacía poco más de dos o tres días, ayudaban a reforzar su predisposición hostil hacia las injusticias a las que, consideraban, les estaba sometiendo el rey Eleth Kirindel.

Scarlett abandonó la plaza donde estaba el cuentacuentos y continuó con su recorrido. Pasó por algunos puestos de verdulerías, aquellos en los que Anke le había dicho que obtendría mejores precios, y compró una parte de lo que la rolliza cocinera le había mandado. Pasó por algunas sastrerías y compró trapos y delantales. En la tienda del alquimista compró jabones y productos para la limpieza de la posada, y en el vidriero se hizo con media docena de jarras de cristal. Como era demasiado para cargarlo todo ella, hizo lo que Kevin le había indicado. Buscó un muchacho joven pero fuerte y le ofreció dos cobres a cambio de que la ayudara a llevarlo todo.

En cuanto ella y el chico emprendieron el camino hacia La Jarra Honda, Scarlett descubrió que había topado con todo un parlanchín. El muchacho al que había encontrado decía llamarse Melk y era algunos años mayor que ella, aunque por la forma en la que hablaba no parecía tener más sensatez que Dewitt.

Scarlett y Melk hicieron a la inversa el paseo que ella había hecho en sus compras, cargados con todos los útiles que ella había comprado para la posada. Sin embargo, en un cruce, se desviaron del camino. Según el chico había un atajo que cruzaba por unas calles que nadie nunca tomaba y que les permitiría llegar antes. Scarlett no quería perderse, pero antes de que pudiera protestar, Melk ya se había tomado la libertad de tomar el atajo, por lo que la muchacha no tuvo otro remedio que seguirle.

A medida que cruzaban calles y plazas, el muchacho iba hablando sobre historias que había oído, aunque Scarlett sospechaba que muchas de ellas se las había inventado. Hablaba continuamente, sin detenerse. A veces parecía que hablaba consigo mismo más que con Scarlett, por lo que ella, al cabo de unos minutos, desconectó de su parlamento y se concentró en el barrio en el que se encontraba. Estaba en una zona de Capital que hasta el momento no había conocido. Aunque llevaba toda su vida en aquellas calles, la ciudad era tan inmensa que había muchos rincones que eran, para ella, como descubrir un nuevo mundo.

Melk la guio con paso acelerado y sin dejar de hablar durante aproximadamente una hora, y a Scarlett le comenzó a sonar lo que veía. Algún edificio que había visto desde la lejanía, alguna calle por la que algún día habría pasado... ya estaban en las cercanías

de la posada, y lo cierto es que el atajo de Melk parecía haberles ahorrado como mínimo una hora más de camino.

—... Y la llaman así porque aquí solían castigar a los criminales —decía Melk—. En ese poste de ahí, ¿ves? Allí solían atar a los ladrones y otra gente así y les azotaban. Ahora ya hace tiempo que no le pasa a nadie, pero el otro día... ¡Oh, mira! ¡Sigue ahí!

Scarlett dirigió la mirada hacia donde el muchacho señalaba y volvió a dejar de escuchar al muchacho, mirando fijamente en la dirección en la que había señalado. Se encontraban en una plaza redonda de grandes dimensiones en la que había, en pleno centro, un alto poste de madera que se alzaba aproximadamente a la altura de dos hombres grandes. Era una plaza amplia y el suelo, cubierto por una fina capa de nieve embarrada, mostraba las marcas de decenas de pisadas, aunque en aquellos momentos no había prácticamente nadie en la plaza. Solamente algunos comerciantes que recogían sus puestos. Pero Scarlett no se fijó en ninguno de ellos, sino en una pequeña silueta que parecía apoyarse en el pilar de madera. «No... no se está apoyando». Agudizó la vista y se dio cuenta de que había alguien atado al poste. Entrecerró los ojos y trató de ver mejor aquella silueta. Algo en su interior comenzó a agitarse, y notó como una tenaza fría como el hielo le apretaba el pecho.

Dejando a Melk a media frase y lanzándole los fardos que portaba, Scarlett arrancó a correr hacia el centro de la plaza. Cuando por fin llegó al poste de madera tenía lágrimas en los ojos. Bastian, el joven aprendiz de panadero, estaba derrumbado al pie del poste, con sus manos atadas a la madera y los pies atados entre ellos. Tenía las ropas rasgadas y en su espalda se dibujaban más de una decena de finos y rojos cortes. Su piel, teñida por el rojo de la sangre, se levantaba en tiras alrededor de las heridas.

Scarlett lo agarró entre sollozos y trató de levantarlo, pero el chico no se movía. Consiguió darle la vuelta y vio su rostro, magullado y amoratado. Junto a ella llegó Melk, y tras dejar las vituallas que habían comprado en el suelo, se agachó junto a ella.

—¿Acaso lo conoces? ¿Es amigo tuyo? —Scarlett no pudo articular una respuesta—. Creo que lo condenaron por robar. Lo vi hace algunos días, cuando lo ataron. Por lo visto era aprendiz de carnicero, o algo así, y su maestro lo atrapó robando. Le deben haber dado... —Melk se inclinó sobre la espalda del cuerpo inerte de Bastian—. Sí, yo creo que unos diez latigazos o una cosa así. No creo que quisieran matarlo, pero quizá se les fuera la mano. Era un chico muy pequeño como para aguantar diez latigazos. Solo el dolor ya debió ser atroz... por no hablar de la pérdida de sangre.

Scarlett lloró y lloró, tratando de ignorar las palabras de Melk que la devastaban por dentro. Desconectando totalmente de la realidad y del mundo a su alrededor, se abandonó completamente al llanto. Solamente había una cosa más grande que la pena y el dolor en su corazón: una amenazadora y aterradora sensación de culpabilidad.

Descubrir qué le había pasado a Bas, el pobre aprendiz de panadero que había sido azotado y que había muerto por sus heridas, fue un duro golpe para Scarlett. La muchacha sabía que el chico no había robado nada más que aquello que guardaba para darle a ella. Sabía que Bas había actuado de corazón, con la intención de ayudar, y que no se merecía aquel castigo, ni ningún otro.

Sin embargo, eligió sobrellevar sola su dolor. No quiso contarle a Dewitt lo que había ocurrido, porque él era demasiado pequeño como para poder enfrentarse a una tragedia de aquellas proporciones. Scarlett tampoco quería hablarlo con nadie de la posada o de ningún otro sitio, pues aunque le pareciera un pensamiento extremadamente frío, no le parecía prudente que la relacionaran con un muchacho condenado a los azotes por robar.

Aun así, oyó historias. Cuando, al día siguiente, fue de nuevo a la plaza del poste, descubrió que el cuerpo del chico ya había sido retirado, pero circulaban por entre los que vivían en los alrededores rumores de lo sucedido. En algunas versiones el padre del chico había tratado de matar al panadero que había denunciado los robos, y tras no conseguirlo había sido encarcelado. En otras el muchacho no tenía padres y nadie había acudido a reclamar su cuerpo, por lo que había sido quemado y no se había oficiado ningún tipo de enterramiento ni ceremonia. Había otros rumores, pero todos tenían algo en común: que el chico había sufrido antes de morir. Para Scarlett, aquella información revelaba otra verdad que solamente ella conocía: que Bas había muerto sin decir ni una sola palabra acerca de ella. Y eso le dolía y le aliviaba a partes iguales.

Pasaron algunas semanas, y el dolor por la muerte del pequeño Bas fue desterrado a algún lugar oscuro y poco concurrido del corazón de Scarlett. La frenética actividad que había en la posada en la que trabajaba la mantenía ocupada, y durante la noche, cuando volvía con Dewitt, debía adoptar una máscara que ocultara el dolor que la muerte de su amigo le producía. Pronto la máscara se fundió con su propio rostro, y el dolor, al menos en parte, se desvaneció.

Ya hacía casi un mes y medio que Scarlett trabajaba en La Jarra Honda, y nunca habían tenido tanto trabajo como aquel día. Después de la dura jornada de trabajo y antes de que Scarlett se marchara al refugio ya cansada, Kevin la llamó a la parte trasera de la posada. Ella acudió, presa de la curiosidad. El posadero ya le había dado sus monedas y eso normalmente era la señal de que podía marcharse. Cuando llegó a la despensa, una pequeña sala que se encontraba pasada la cocina, encontró a Kevin con el ceño fruncido y cara de preocupación.

—Niña, tengo que preguntarte algo —dijo el orondo posadero nada más cruzar ella la puerta—. Te lo diré sin rodeos. ¿Cómo estáis en casa?

La pregunta pilló desprevenida a Scarlett. Estuvo a punto de responder la verdad, pero cuando sus labios ya se movían para formar su respuesta se acordó de la mentira

que la había llevado hasta poder trabajar en La Jarra Honda. Al no saber qué responder, guardó silencio y miró al posadero.

—Estoy preocupado, Mathi. —A Scarlett aquel nombre inventado seguía sonándole de lo más extraño—. Eres buena niña, trabajas bien y los clientes están contentos contigo. Yo y Anke también. Por eso me preocupa cómo estáis en casa, y más con los malos tiempos que se acercan.

—¿A qué os referís?

—Bueno... —Kevin parecía dubitativo—. Tu padre ya no viene mucho por la posada, pero las veces que venía noté que no hablaba contigo. Ni siquiera te miraba, como si no se acordara de ti. Y ahora ya hace por lo menos tres semanas que no le veo por aquí. Y me preocupo, niña, me preocupo. Yo y Anke nunca pudimos tener hijos, y no quiero decir que te consideremos como una hija, pero los dioses me llevarían por mentiroso si dijera que no te hemos tomado cierto cariño. Así que dime, ¿estáis bien en casa?

Scarlett se quedó en blanco, y de pronto, su lengua comenzó a moverse sola como por arte de magia.

—Lo cierto es que no, señor —se oyó decir a sí misma—. Mi padre... nos abandonó a mi madre y a mí hace unas semanas. Mi madre estaba muy enferma y dependía del dinero que traía mi padre para poder pagar sus medicinas. Ahora que él se ha ido... mi madre ha tenido que comprar un pasaje para viajar al norte, donde viven sus padres y donde puede tratarse de sus males. Pero no teníamos suficiente para pagar dos pasajes más, así que yo y mi hermano nos hemos tenido que quedar aquí.

—¿Tu hermano? ¿Ese niño pequeño que a veces veo por aquí correteando?

—Sí. Se llama Dewitt.

—Dioses sagrados...—El posadero se mostraba tremendamente preocupado—. Hablaré con Anke, niña, y veré qué podemos hacer para ayudaros. No es bueno que viváis los dos solos y menos en los malos tiempos que se acercan. Solo sois niños, por las tres voces de los dioses.

La chica le agradeció su preocupación y se despidieron, quedando en retomar aquella conversación al día siguiente. Lo cierto es que Scarlett no sabía de donde le había salido aquella mentira, pero había brotado de lo más hondo de ella. Como un acto reflejo puro. Y había sido una buena mentira. No se arrepentía de haberla dicho, pues excepto en lo respectivo a sus padres, era prácticamente cierta. Dewitt y ella habían sido abandonados a su suerte cuando eran pequeños, como tantos otros niños en Capital. Vivían los dos solos en unas condiciones que no eran las adecuadas, así que cualquier ayuda que llegara sería bien recibida.

Scarlett salió de la posada y se dirigió hacia su refugio, donde sabía que Dewitt la estaría esperando ansioso con la fogata ya encendida. Ella sabía que se pondría contento cuando la viera llegar. Anke le había dado un recipiente con caldo que aún estaba caliente y un paquete con tres patatas cocidas en su interior. «Hoy podremos cenar

solamente con esto», reflexionó la niña. «No tendremos que gastar de nuestra reserva». Pensó en que el día siguiente debía ir a la panadería, y sintió un pinchazo de dolor.

«Bas...»

Tratando de no pensar en ello lo apartó de sus pensamientos y caminó con prisa, ansiosa por llegar. Nunca le había gustado andar sola por la ciudad durante la noche.

Mientras andaba, sus pensamientos comenzaron a conversar con ellos mismos. «Creo que Kevin va a ofrecerme pasar el invierno en la posada, en una de las habitaciones». Las había visto. No eran lujosas, los muebles eran viejos y astillados y la cama era apenas un camastro con algunas mantas. Pero para Scarlett era como un palacio de reyes y emperadores. «Quizá me pida dinero por la habitación, pero seguro que me hace un precio especial. Tengo el dinero que me dio aquel hombre y lo que hemos ido ahorrando... quizá nos llegue para poder pasar el invierno a cubierto, y entonces...»

Alguien la había llamado.

No había oído su nombre, ni una señal de advertencia, pero lo sabía. Acababa de cruzar por delante de un callejón oscuro y sucio, y sabía que alguien la había llamado. Se quedó muy quieta mirando hacia el callejón, a medio camino entre asustada y sorprendida. No distinguía nada entre las sombras por mucho que las escudriñara, y a pesar de ello tenía una certeza absoluta. Allí, entre el manto de sombras, había alguien que la observaba.

Una parte de su mente la compelió a salir corriendo, a huir por su vida hacia el refugio. Llevaba la comida que Anke le había dado y además un saquito con siete monedas que le había dado Kevin. Un tesoro por el que casi cualquiera en Capital mataría. Pero a pesar de que aquella parte de su mente no dejaba de gritar desesperada, Scarlett no movió un pie. No era capaz.

Al cabo de unos instantes se comenzó a oír el susurro del roce de la tela. Alguien caminaba hacia ella. Su silueta se desmarcó de las sombras solo unos segundos después. Era una figura delgada y alargada. Iba completamente vestida de negro y se acercaba a Scarlett con pasos largos y rápidos. Antes de que llegara hasta ella, la muchacha ya sabía de quién se trataba.

—Hola de nuevo, muchacha.

—Hola... —dudó unos segundos—. No sé tu nombre.

El hombre de un solo ojo la miró con una chispa de diversión.

—Ni necesitas saberlo —se limitó a responder—. Ya sabes que soy amigo. Con eso basta.

Scarlett esperó en silencio. Sabía que aquel encuentro no era fruto de la casualidad ni el azar.

—¿Cómo te va en la posada? —preguntó el hombre al cabo de poco.

—Bien. Hay mucho trabajo, pero Kevin y Anke me tratan bien.

—¿Te dan comida? —Scarlett asintió—. ¿Y dinero? —Otra vez—. ¿Y qué hay de nuestro amigo, tu... padre? ¿Sigue yendo a la posada?

—Los primeros días venía. Seguía haciendo su papel de padre enfadado, pero cada vez lo hacía menos. Al final dejó de venir. Hace mucho que no le veo, y el posadero cree que nos ha abandonado a mí y a mi hermano.

El tuerto frunció el ceño. Se le veía turbado.

—¿Tu hermano?

—Le dije que Dewitt es mi hermano, para simplificar las cosas.

—Bien.

Se hizo el silencio durante algunos segundos. Al final Scarlett pronunció la pregunta que bailaba en la punta de su lengua desde hacía más de un mes.

—Quería preguntarte algo... ¿Por qué me ayudaste? ¿Qué soy yo para ti, sino una huérfana más en esta ciudad?

—No hay tiempo ahora para explicaciones —se limitó a responder él—. Ahora necesito que me escuches atentamente. Se avecinan malos tiempos. No malos como eran antes de que te cruzaras conmigo, no. Peores. Habrá sangre y guerra. La muerte visitará esta ciudad muy pronto y se llevará consigo muchos invitados hacia el Abismo. Con los buitres llegará la parca.

—Algo he oído... —murmuró Scarlett—. En la posada no se habla de otra cosa.

—Entonces sabes lo importante que es que huyáis.

—¿Huir? ¿A qué te refieres?

El tuerto ladeó la cabeza y la miró, muy serio.

—A que las calles se convertirán en ríos de sangre —dijo sin inmutarse—. Que los cadáveres se amontonarán en las esquinas y el fuego consumirá y derrumbará más de media ciudad. No es un buen escenario en el que encontrarse cuando todo ocurra, y menos cuando vivís en la calle.

A Scarlett la recorrió un escalofrío.

—Eso no es importante —respondió, tratando de aparentar tranquilidad—. Creo que Kevin está a punto de ofrecerme que Dewitt y yo nos quedemos a pasar el invierno en la posada y...

—No lo entiendes, niña —la cortó él—. No habrá refugio. No habrá un invierno que resistir. Habrá muerte. Tenéis que huir de la ciudad, iros lejos, al campo. Buscad alguna granja donde podáis trabajar a cambio de un techo y un mendrugo de pan, una lo bastante alejada de la civilización como para que no hayan llegado a ella los fuegos de rebelión.

—Entiendo... —dijo ella, tragando saliva—. Entonces esta noche nos prepararemos y mañana al alba...

—No podréis huir mañana —la volvió a cortar el tuerto—. La Guardia del Rey está fortificando la ciudad para la llegada de los buitres. Se está siguiendo un protocolo que

solo se sigue cuando visita el propio rey. Todas las salidas de Capital están protegidas todas las horas del día y nadie puede entrar ni salir sin un permiso especial. He comprobado algunas salidas secretas, pero también las tienen cubiertas. Es... sorprendente cuanto menos. No quieren correr ningún riesgo. Pronto harán oficial el toque de queda, y hasta vagar por las calles de noche será motivo de arresto.

—Si hay tanta seguridad no deberíamos preocuparnos tanto por lo que pueda pasar... ¿no?

—Si se ha desplegado toda esta fuerza combativa, pequeña, es porque creen que la van a necesitar. Capital se va a convertir en un campo de batalla. La llegada de los buitres será la pequeña chispa que prenderá un incendio colosal. Uno que arrasará con todo.

Scarlett sentía crecer la desesperanza y el miedo en su interior.

—¿Y qué haremos? ¿No podremos huir?

—Solo hay una manera —dijo el tuerto—. Tenéis que huir cuando todo comience. Cuando se produzcan los primeros combates. La lucha todavía estará centrada en un solo lugar, no se habrá expandido por toda la ciudad. Habrá caos y confusión y la guardia abandonará sus posiciones. Podréis salir de la ciudad, ser libres y huir. Escapar de este infierno. Podréis vivir.